HERMILIO VALDIZAN

ANECDOTICA MEDICA PERUANA

Ilustraciones de Jorge Seoane

LIMA, MCMXXIV

Impreso en los talleres gráficos
del Asilo «Víctor Larco Herrera»

DOS PALABRAS

La anécdota tiene un valor considerable en la historia: ella es, por decirlo así, un verdadero comprimido histórico, de una elocuencia a las veces más considerable que muchas páginas. Y tiene la ventaja grandísima de expresar sintéticamente, con laconismo que hace la percepción más intensa, las características esenciales de épocas y personas. Y auna a esta ventaja aquella de consignar características que escapan a la estudiada seriedad de la historia o a equivocadas interpretaciones del respeto que épocas y personas deben merecerle al historiador.

He creído que nuestra ANECDÓTICA MEDICA debe ser conservada: ella vive refugiada en el reçuerdo de nuestros viejos; pero está destinada a desaparecer si no la procuramos un más seguro refugio y es éste el que representa este pequeño volumen destinado a circu-

lar solamente entre nuestros compañeros del presente y aquellos del porvenir, hoy estudiantes, a quienes me permito encarecer la continuación de este mi empeño conservador.

He procurado conservar, con la mayor fidelidad posible, el relato que me ha sido hecho de las anécdotas que consigno en este tomo y, en el mayor número de casos, he procurado dar el nombre de los personajes, nombre que he silenciado cuando consideraciones de orden moral me han movido a referir "el milagro" callando el nombre del *santo*.

Empeño inofensivo de coleccionista bien intencionado, con un amable e interesante precursor en la "chismografía" del poeta GÁLVEZ, espero que no será de mortificación, ni siquiera leve, para algunos de los protagonistas.

Mis agradecimientos muy sinceros a ese formidable artista que hay en Jorge SEOANE. Sus ilustraciones representan el mayor mérito de este libro.

H. V.

Lima, 1924.

¡TODO UTERO!

Todos los que hemos seguido la profesión médica recordamos cariñosamente los entusiasmos, a las veces infantiles, que ella ha sabido despertar en nosotros, como recordamos también los desengaños que, en nuestra profesión más que en otra cualquiera, suelen recogerse a lo largo del camino. Desde aquellos inofensivos entusiasmos del estudiante que gusta de hacerse ver a las puertas del Hospital o de la Facultad, hasta aquellos, menos veniales pecadillos del médico recientemente diplomado que pone empeño en dejar ver el termómetro mal disimulado en el bolsillo del chaleco y hasta aquellos, más graves, de quienes gustan de hablar *medicamente* en el tranvía, en el café y en el teatro, media toda una pintoresca gama de entusiasmos que el tiempo cuida de hacer menos vivos y hacia los cuales se muestra benévolamente irónica la

crítica de los compañeros que alcanzaron la edad madura.

Este "introito" es obligada introducción al relato de un episodio ocurrido hace algunos años —algunos, nada más que algunos, mi querido doctor FLOREZ— al muy en justicia llorado doctor Constantino T. CARVALLO, el primer maestro de Ginecología en la Facultad de Medicina de Lima, llamado por el destino a adquirir, con el paso de los años, con el ejercicio de sus valiosas actividades, una perseverancia ejemplar entre ellas, la altísima competencia que adquirió en la dicha rama de las Ciencias Médicas.

Eran los años en que se comenzaba a hablar de Ginecología en el Perú; al mismo tiempo que CARVALLO iniciaba su especialización, la iniciaba CORPANCHO y, a la vera de uno y de otro, iniciábanla algunos más, que abandonaron más tarde el camino.

CARVALLO era un verdadero enamorado de su especialidad y demostró tan sinceramente y en toda época esta devoción suya por la Ginecología que creemos que CARVALLO, de no haber sido el excelente "ginecólogo" que fué, "no hubiese sido."

Así, pues, CARVALLO joven, ginecólogo, con aquella obseción amable de los que hacemos medicina especializada, de ver casos de la especialidad en todas partes, es uno de los personajes de este episodio. Y le acompaña don

Ricardo L. FLOREZ, «don Ricardo» como le llamamos aquellos de sus discípulos que, mal de nuestro grado, peinamos canas. El mismo «don Ricardo» que es el maravilloso y amable archivo de la historia política confidencial del Perú; el mismo «don Ricardo» que recuerda, con su memoria prodigiosa, la hora precisa de una evasión política, el sitio misterioso de una conjura, el caprichoso disfraz empleado por un caudillo para sustraerse a la persecución de sus adversarios; y al cual hay precisión de consultarle tantas y tantas cosas para escribir nuestra historia de los últimos treinta años de la vida republicana del Perú.

La escena tiene lugar en el «Teatro Principal» de Lima, en el mismo que, andando los años, había de convertirse en nuestro «Teatro Municipal». Actuaba en este Teatro una buena compañía de ópera buena, que la hubo en Lima muchos años antes de que el público abonase los fuertes precios que abona en la actualidad y cuya soprano contaba en el número de sus achaques el de la histeria, que se manifestaba tanto en el carácter de la *diva*, cuanto en convulsiones que, en no pocos casos, revestían los caracteres del «gran mal».

Teatro lleno aquella noche de nuestro cuento y, en el número de los espectadores, los doctores CARVALLO y FLÓREZ, este último ya

tan endiabladamente aficionado a la política como ha de serlo hasta el día de su fallecimiento, que ojalá demore una centena de años todavía, y que, tal vez, procuraba aquella noche conquistarse algún rebelde a sus devociones de partido.

Florez, muy querido y muy popular desde aquel entonces, tenía en el Teatro aquella «vara alta» que tantas envidias modestas suscita entre los tímidos adoradores de las Venus de ópera y opereta. Y por obra de tal «vara alta» podía discurrir tranquilamente entre bastidores y hacer partícipe de tal privilegio a su buen amigo el doctor Carvallo.

Los dos amigos conversaban animadamente acerca de sus especialidades: el doctor Carvallo hacía girar su conversación en torno a las metritis, salpingitis y salpingo ovaritis. Y Don Ricardo hacíala girar en torno a la castísima microscopía, tal vez si con aplicaciones políticas. Por que es de saberse que el doctor Flórez es el verdadero introductor de las devociones microscopistas en el Perú y que su querido nombre está vinculado a la primera numeración globular hecha en el país: la de la sangre de Daniel Carrión.

Conversaban tranquilamente los dos amigos cuando los ojillos de mirada inquieta de Florez distinguieron, a través del obstáculo de bastidores y bambalinas, un grupo de per-

sonas que avanzaban sigilosamente hacia el *camerino* de la soprano. El grupo se hizo más y más considerable y Flórez y Carvallo siguiéronlo a distancia prudencial.

Había caído el telón y había recuperado el escenario su más amplia libertad de tráfico. Entonces pudieron saber los amigos que se trataba de una indisposición de la soprano, cuyo voluminoso cuerpo era llevado en peso por artistas y admiradores.

No era posible llegar a la enferma sin franquear la densa barrera que la separaba de Flórez y Carvallo, cuya curiosidad era enorme en aquellos momentos. De pronto, interrumpiendo el silencio de los presentes, alzóse la voz chillona de una de las coristas, voz chillona de la cual sólo llegó a oidos de Carvallo una palabra:

—¡Utero!

Era la mágica palabra para Carvallo. Aquel vocablo le anunciaba, seguramente, la proximidad de un útero enfermo, de un útero mendigando la hábil mano de un ginecólogo. Para eso estaba él ahí. Venciendo todas las resistencias que se le oponían, avanzó hacia la soprano y se preparaba a un examen del vientre de la «accidentada» cuando esta volvió en sí, se incorporó violentamente y mirando airadamente a Carvallo, le interrogó.

—¿Cosa fá?

Intervino el doctor FLÓREZ y se aclararon las cosas: el vulgo italiano llama «mal de útero» a la gran neurosis. (1)

(1)—Este artículo,, como el que le sigue, fué publicado en «Unánue», revista de Historia de la Medicina Peruana que edité en Lima en 1922 y que dejó de existir, por *inanición*, o sea por falta de suscritores, a su segundo número de existencia.

NOTICIAS

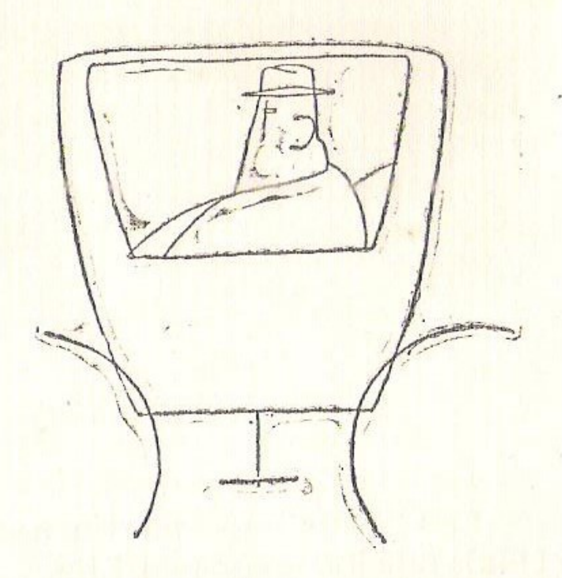
Las "hilas" no fueron usadas el año de 1895, por lo menos en Lima, en la atención de los heridos que resultaron en el combate librado en Lima el 17 de marzo y días siguientes, entre las tropas del gobierno y las llamadas coalicionistas, que obedecían a órdenes de don Nicolás de PIÉROLA.

Sin embargo, las familias prepararon las tales "hilas." Recuerdo que en mi casa prepararon una buena cantidad de tales "hilas," cuya preparación no podía ser más fácil: se tomaba el tocuyo y se iba deshaciendo la obra del tejido.

***

Apunta el querido poeta José GÁLVEZ, en la muy interesante anecdótica que publicó en la revista "Variedades", con el seudónimo de

Alex y con el título de "Chismografía Nacional" que fué el doctor Julio GOMEZ SÁNCHEZ, en Lima, el último médico que hizo a caballo el recorrido de ciudad que le imponía la visita de sus clientes; que fué el doctor Ricardo L. FLÓREZ el primer médico de Lima que usó automóvil; que fué el doctor Francisco GRAÑA el primero de nuestros compañeros que se aventuró en un aeroplano y que es el doctor Estanislao PARDO FIGUEROA el último que usa coche.



*
* *

El aumento de honorarios profesionales en Lima es uno de los beneficios de la gran guerra europea de 1914. Fué a partir de este año que se fijó en media libra peruana el valor mínimo de la visita médica que, antes de esa época, era de un sol de plata.

*
* *

El verdadero precursor de la Facultad de Medicina de Lima, en el rol de esta alta vigilancia del ejercicio de las profesiones médicas, fué el doctor don Hernando SEPÚLVEDA, primer Protomédico del Perú, quien presentó sus documentos al Cabildo de Lima en abril de 1537.

*
* *

La primera visita de Boticas tuvo lugar en Lima en enero de 1538. Fué realizada por el doctor SEPÚLVEDA, a quien acompañaron Juan de BARANDIARÁN, Alcalde, Crisóstomo de HONTIVEROS y Francisco COSTA. Así consta en el Libro I de Cabildos de Lima.

*
* *

El primer colega víctima de la política en el Perú fué, según parece, un cirujano mejor conocido con el nombre de «El bachiller Pacheco», deportado del país el año 1550.

DIRA EL DOCTOR ODRIOZOLA...

Don Manuel ODRIOZOLA se tenía conquistada, muy en justicia, fama de bondadoso y severo y había manifestado, en muchas oportunidades, bondades severas y severidades bondadosas. Quienes tuvieron oportunidad de conocerle refieren muchas anécdotas reveladoras de las características del doctor ODRIOZOLA: educado en un ambiente de severidad enmarcadora de todas las bondades y de todos los afectos, había edificado, sobre la base de su severidad para consigo mismo, el edificio de su severidad para con los demás.

Parco en el hablar y, hablando, parco en la lisonja; muy dueño de sí mismo y muy discreto velador de sus estados afectivos, ponía siempre vivo empeño en no dejar asomar a su rostro muchas de las ternuras hijas de su alma buena.

Amigo ejemplar, lo era el doctor ODRIOZOLA

de un doctor HURTADO, buen práctico en el numero de cuyas originalidades se contaba aquella de una particular animadversión por la oratoria y por los oradores. Capaz de luchar victoriosamente contra una pulmonía fulminante y de combatir paciente y prolijo una *purgación de garrotillo*, era, en cambio, incapaz de hacer en una consulta, la sencilla presentación verbal de un caso clínico. Era, sencillamente, una originalidad; pues, repito, el doctor HURTADO era un buen práctico y un hombre inteligente, padre de un sacerdote que, por ventura, no heredó aquel odio de la oratoria que caracterizaba a su padre; pues era un excelente orador.

Por razón de aquella originalidad suya, el doctor HURTADO rechazaba sistemáticamente todas aquellas consultas en las cuales, en su calidad de médico consultor, debía verse obligado a glosar las opiniones de sus camaradas. Pero no le era igualmente posible rechazar aquellas consultas en las que debía actuar como médico "de cabecera" o sea médico tratante. En estos casos no cabía escapatoria; había que concurrir a la consulta y, lo que era particularmente grave para el doctor HURTADO: "había que hablar."

Dijo bien quien dijo que la necesidad aguza el ingenio. El doctor HURTADO acordó reclamar en toda consulta que le fuese solicitada la presencia de su excelente amigo el doctor

ODRIOZOLA y acordó reclamarla por dos motivos: porque don Manuel ODRIOZOLA—como lo fué también su hijo el doctor don Ernesto—era elemento consultor indispensable en toda junta de médicos y porque había obtenido de don Manuel el supremo beneficio de economizarle el esfuerzo oratorio:

—Tu sabes, le había dicho, que yo no sé *echar* esos discursos que ustedes *echan* en las consultas. Cuando me toque alguna, yo te referiré el caso, con sus puntos y comas y tu les dirás luego, a *los otros*, lo que quieras decirles.

Aceptó el doctor ODRIOZOLA y, a partir de aquel acuerdo, el doctor HURTADO iba a buscarle antes de cada consulta y le refería el caso. Llegado el momento de la "junta," el doctor HURTADO, «médico de cabecera» se arrellenaba en una poltrona, cruzaba sus piernas y decía, no sin esfuerzo:

—El doctor ODRIOZOLA, a quien he referido el caso, les hará a ustedes la historia de él......

El doctor HURTADO respiraba satisfecho y el bondadoso doctor ODRIOZOLA comenzaba la relación, que el amigo aprobaba mímicamente.

Vivía el colega satisfecho de su «invención.» En aquellas condiciones le tenía sin cuidado el número de "juntas" que pudiesen serle solicitadas y estas consultas de temibles que eran habían quedado reducidas a un juego de chiquillos.

Pero sucedió una vez que el doctor HURTADO debió actuar en una junta a la cual debía concurrir, además del Dr. ODRIOZOLA, una eminencia médica limeña que no miraba con "buenos ojos" al doctor ODRIOZOLA.

El doctor HURTADO procedió como ya era en él costumbre hacerlo: informó previamente a su amigo del caso clínico de que se trataba y, acompañado del padrino profesional, llegó a la casa en que la junta debía realizarse y en cuya sala esperaba, rígido y ceremonioso, el tercer miembro de la junta.

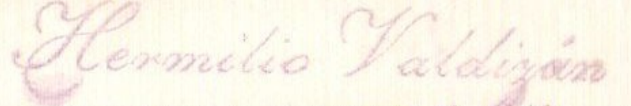
Después de saludos muy corteses; después de prolijamente examinado el enfermo, los médicos volvieron al salón. Se instalaron y el Dr. HURTADO, arrellanado en la poltrona y cruzadas sus piernas comenzó el breve discurso:

—El doctor ODRIOZOLA, dijo, a quien he referido el caso, le hará a usted la historia correspondiente......

—El doctor ODRIOZOLA—interrumpió agriamente la eminencia médica—hablará a su turno...; ahora le toca a usted. Usted tiene la palabra......

¡Qué horrible calumnia!

El doctor HURTADO pasó del pálido lívido al rubicundo cianótico. Miró desoladamente al doctor ODRIOZOLA y halló que éste observaba con atención enorme el bordado de un almohadón. Volvió los ojos hacia la eminencia mé-



dica y pudo constatar que ésta contaba las vigas del techo. Y el doctor HURTADO fue presa de cólera tal y tan tremenda que comenzó a *echar* su discurso.

El primero y, tal vez, el último.

NOTICIAS

Epoca hubo, en los hospitales del Perú, en que una sola jeringa prestaba sus servicios a todos los enfermos de un hospital. El *funcionario* encargado de emplear el aparato (aparato en bronce, a tipo de émbolo y de respetables dimensiones), armado de él, recorría plácidamente las salas y llenaba su cometido terapéutico. De tal práctica tomó origen el nombre de "jeringa de hospital" que se daba a aquellas personas intrusas, entrometidas, indiscretas, que intervenían en todo, debiesen o no debiesen hacerlo.



Y de tales sujetos se decía, coprolálicamente por cierto, eran como la jeringa de hospital

que en todo o......
se mete.

*
* *

MONTESINOS, en sus "Anales" consigna esta información:

«1552. No quiero pasar en silencio el modo de presentar las peticiones de aquel tiempo, y pondré una que está presentada este año en uno de los libros de Huamanga en esta forma: Muy magníficos señores, Pedro GONSÁLES barbero, besa las manos de Vuestras Mercedes y digo que yo quiero servir de médico, por que no le ay al presente; pero que no tenía título y que así le diese lizencia para ello el Cabildo; y se la dieron atento a que no había ni médico, ni cirujano.»

La Huamanga de que habla MONTESINOS es la actual ciudad de Ayacucho.

*
* *

El año de 1914 el doctor Nemesio FERNÁNDEZ CONCHA operó, en su sala de "Santo Domingo" del Hospital "Dos de Mayo," empleando la anestesia......al cognac. Se trataba de un sujeto español, alcoholista habitual, cuya anestesia al cloroformo, ensayada varias veces,

había sido imposible y a quien era urgente extirpar un dedo de la mano izquierda. El sujeto se bebió una copa del cognac *hospitalario* o sea del pulcramente preparado por las Hijas de San Vicente de Paul y esperó tranquilamente el *momento operatorio*. Se puso en la boca una compresa e indicó con un gesto que la operación podía empezar. Y la operación se hizo, sin otras expresiones de dolor que dos o tres verdaderos gruñidos del alcoholista y la trituración de la compresa.

*
* *

La primera traqueotomía fué llevada a cabo en el Perú por un médico que si era excelente conocedor de la Anatomía, cuya enseñanza había desempeñado en el Colegio de la Independencia primero y en la Facultad de Medicina después, no era un cirujano: nos referimos al ilustre fundador de la Facultad de Medicina de Lima, doctor Cayetano HEREDIA. Practicó la primera traqueotomía el año de 1845. No indican quienes dan cuenta del hecho si el éxito correspondió al esfuerzo.

UNA POCION LABORIOSA

De los personajes de este episodio sólo vive el farmacéutico don Manuel RODRÍGUEZ, decano de los farmacéuticos de Lima y propietario de una Botica establecida en la esquina de las calles de Gremios y Panteoncito. Muy bien conservado a despecho de sus años, RODRÍGUEZ constituye un verdadero archivo profesional. Los otros personajes han fallecido: un ilustre médico de antaño, una hermosa dama y el esposo de ésta.

El ilustre médico vivía prendado de aquella dama y realizaba la mayor suma de esfuerzos posible para ganarse sus simpatías sin lograr su objeto. Y hacía confidente de este vano empeño a su buen amigo don Manuel RODRIGUEZ, quien no cesaba de aconsejarle el abandono de plaza tan bien defendida; pero sin éxito.

Como quiera que el ilustre médico era vi-

sitante asiduo de la botica en la cual RODRÍGUEZ prestaba sus servicios, habíale manifestado a este último, en alguna oportunidad, todo el beneficio que representaría para sus amorosos empeños prestar sus atenciones profesionales en la casa de la amada invulnerable.

El destino pareció pretender inclinarse favorablemente al galán y una noche fueron solicitados, de urgencia, los servicios profesionales de un médico y el médico realizó su ensueño de ingresar a la casa de la bella. La visita no fué única y RODRÍGUEZ ignora si el hijo de Hipócrates llevaba buen camino en su conquista.

Una noche, el médico enamoradizo, llegó a la botica de RODRÍGUEZ, llamóle a parte y le dijo estas o parecidas palabras:

—Amigo RODRÍGUEZ: espero de usted un favor muy grande, el más grande que pueda usted hacerme en vida suya.

A las seguridades de amistad que le diera RODRÍGUEZ, agregó el médico:

—No esperaba menos de usted. Esta noche, voy a mandar una receta un tanto larga y de laboriosa preparación. Yo supongo que usted podría despacharla en media hora; pero le agradeceré despacharla en el doble de tiempo.

—Pierda usted cuidado, doctor.

Tal como lo había anunciado el médico,

a las nueve de la noche se presentó el esposo de la dama hermosa y alcanzó una receta a RODRGÍUEZ, al mismo tiempo que le pedía un diario para entretener el tiempo. Con la sonrisa que es de suponerse, el farmacéutico alcanzó el diario al caballero y pasó a la "Rebotica" a preparar la receta.

La sorpresa de RODRÍGUEZ fué enorme cuando leyó la receta:

Rp.
Bicarbonato de soda, 10 gramos.
Láudano Sydenham, 2 gramos.
Agua de melisa, 120 gramos.
Jb., c. s.

—Y a esto le llama receta larga, se dijo, y agregó: bien pudo mandar una infusión de manzanilla en lugar de agua de melisa.

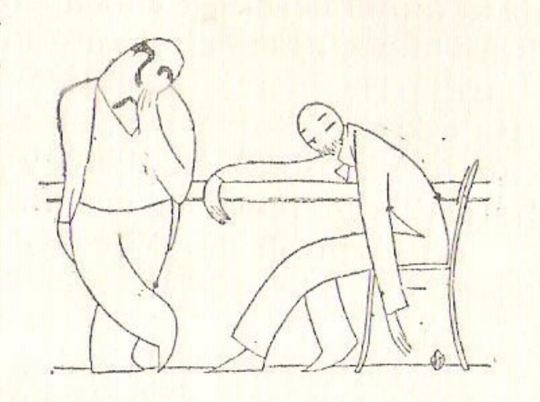
Comenzó a preparar la receta y a través de los cristales de la "Rebotica" comenzó a examinar, con una cierta piedad, al esposo de la dama:

—¡Que tranquilidad asombrosa! decía RODRÍGUEZ, en tanto que disolvía el bicarbonato.

El caballero leía con el mayor interés, en medio del asombro del farmacéutico que hallaba inaudita aquella tranquilidad, Y tan interesante debió ser la lectura que cuando, trascurridos sesenta minutos cabales, RODRÍGUEZ le hizo entrega del frasquito que contenía la receta, el caballero le suplicó permitir-

le continuar la lectura que había comenzado. Y así lo hizo.

Pocos momentos después estaba en la botica el ilustre médico, que se desplomaba sobre una silla en actitud de profundísima desolación. RODRÍGUEZ se acercó a él, sonriente; pero retrocedió ante la mirada del médico:



—Y ¿qué tal, doctor?, se atrevió a preguntar el farmacéutico.

—Podía usted haber demorado un poco menos, amigo.

—Pero como usted me encargó que demorara...... He puesto una hora justa en disolver diez gramos de bicarbonato en ciento cincuenta gramos de agüa......

—Y yo he puesto más de una hora en atender a la cocinera de la casa, una negra vieja y fea, que no olía a tacón precisamente, que parecía morirse de un cólico en tanto que yo me moría de rabia.

—Pero, doctor ¿y la señora?

—En casa de una hermana suya, que está de parto......

MISCELANEA

HACE SIGLO Y MEDIO

La población de Lima en 1790 era de 52,627 habitantes, según el censo levantado ese año. Ese mismo año, los hospitales de Lima prestaron su asistencia a 10, 830 personas, de las cuales fallecieron 1,020 (9. 41%) y de las cuales fueron curadas 9051 (83.57 %). ("Mercurio Peruano", Lima, 1791).

EL PRIMER PEDIATRA

Se trata del doctor ESPLANA, que debe ser considerado como el precursor de nuestros pediatras, médico que ejercía su profesión en Lima en el siglo XVII y cuya biografía nos hace CAVIEDES en su justamente celebrado "Diente del Parnaso", en la siguiente forma:

Cura a los niños chiquitos
Y en esto tiene tal fama

Que en la física se llama
Herodes de los ahitos.

UNA LITOTOMÍA

"El jueves 28 de junio de 1603 el cirujano Pedro DÁVILA abrió por el conducto de la orina a la niña GERÓNIMO ARANA y le sacó una piedra de onza y media de peso, que le hacía padecer grandes dolores· Quedó la niña buena y sana, por lo cual su padre don Hernán BUENO ARANA manifestó al escribano que lo certificase y lo escribiese en el libro de Cabildo de Moquegua, como en efecto se puso en el folio 400 del registro de ese año de 1603" (VALDIZÁN: La Facultad 'de Medicina de Lima", p. 37)

CADA CUAL A LA SUYA

El doctor NEGRI, médico cubano que estableció en Lima, en la calle de Beytia un hermoso sanatorio, tan hermoso como desgraciado, era un excelente profesional y un hombre cultísimo, de encantador trato. Un día, un colega suyo que vivía una temporada de vanidad muscular, en presencia de varios amigos, levantó unas palanquetas de algunas decenas de libras, al mismo tiempo que decía:

—Vea usted, doctor NEGRI, vea usted.

Es de creer que NEGRI no estaba de muy buen humor: pues respondió:

—Yo trabajo con ésta. Y se señaló la cabeza.

LA MUJER CON RABO

Un día, hallándome en el Asilo Colonia "Victor Larco Herrera", me interrumpe en mis labores la llegada de una guardiana de mi servicio de Admisión, la cual me dice, con muestras de una excitación muy grande:

—La enferma que acabamos de recibir tiene rabo, doctor.

Como no se trataba de una broma, ni la que hablaba era una de las enfermas, me apresuré a ir al pabellón, en pos de aquel caso curioso de supervivencia caudal.

La apreciación de la guardiana tenía su fundamento. La enferma que habian recibido tenía un gran prolapso genital, que avanzaba entre los muslos en una extensión no menor de treinta centímetros. Y este prolapso ofrecía de particular el hecho de la invasión de *piques* en número considerable. La enferma, una demente precoz, había permanecido abandonada en un muladar, a raiz de un alumbramiento empíricamente atendido.

La mujer con «rabo» sobrevivió pocos días.

PROCEDIMIENTO INQUISITORIAL

Luis Oscar ROMERO fué uno de los primeros médicos peruanos que pudo ver en la pla-

tina de un microscopio el temible germen de la plaga de Levante y ello representa un título para él. Pero era tanto el analfabetismo nuestro en materia de peste que el pagano de tal ignorancia fué el microscopio de ROMERO, que fué víctima de un auto de fé.

Escribiendo la anterior nota acerca de Luis Oscar ROMERO, se me viene a la memoria un episodio cuya relación he escuchado varias veces.

RECOMENDACIÓN INOPORTUNA

Estudiaba ROMERO su examen, no se si de Ciencias o de primer año de Medicina, cuando fué visitado por un cobrador muy popular en Lima y al cual llaman "el loco Tal". Preguntó a ROMERO el motivo de la preocupación de que era objeto y ROMERO le dijo ser los exámenes que debía rendir y la severidad del jurado examinador. El cobrador preguntó los nombres de los examinadores y sin agregar palabra se fué donde cada uno de ellos y recomendó a su manera a su amigo ROMERO.

Es de creer que los examinadores pensaron que "el loco Tal" era un embajador y tomaron venganza en el recomendado, al cual obsequiaron una nota de insuficiencia.

Nuevo encuentro de ROMERO y del cobrador:

—Supongo, dijo este último, que habrás

salido muy bien, por que te he recomendado a todos los examinadores.

ROMERO no contestó con palabras, sino con puñadas. Acababa de explicarse el por qué del mal trato que había recibido de los examinadores y el por qué de su mal éxito.

LA BONDAD DEL VULGO

El exito desgraciado del "Sanatorio" establecido en Lima por el doctor NEGRI fué uno de esos hechos que no reconocen causa aparente alguna. El mismo doctor NEGRI había elegido para sujeto de la primera operación a un distinguido joven limeño, muy conocido y objeto de muy general estima, Emilio HENRIOD. Llevada a cabo la operación en las mejores condiciones posibles, sobrevino una infección, probablemente llevada en incubación por el enfermo y sobrevino el desenlace fatal.

A la siguiente semana, ya se había cambiado nombre a la Clínica del doctor NEGRI: ya no era el Sanatorio NEGRI, sino el *Mortuorio* NEGRI.

DEL DOCTOR LEONARDO VILLAR

El doctor VILLAR tenía establecida costumbre de saludar en forma original a sus enfermos del Hospital "Dos de Mayo" al llegar a su sala todas las mañanas.

—Buenos días, cuadra, decía el doctor VILLAR.

—Buenos días, respondían los enfermos.

—Subordinación y constancia, decía el médico.

—¡Viva el Perú! debían responder los enfermos.

*
* *

Tenía el doctor VILLAR verdadero afecto por la tradición "fernandina" y consideraba que los "fernandinos" eran lo único bueno que había en la Universidad. En sus días

de buen humor expresaba este concepto en la siguiente forma:

¡Viva la aurora que nace
y su aroma peregrino!
¡Viva la flor del granado
y el colegial fernandino!

***

Muchos jóvenes bolivianos hicieron sus estudios de medicina en Lima. El grupo de ellos había recibido en la Facultad el nombre de "los bolivianos" y era tratado con afectuosa camaradería. En presencia de uno de "los bolivianos" el doctor VILLAR gustaba de decirles:

Boliviano soy, señora,
Ceñidor de tu cintura:
Tengo metal, tengo cobre:
Sólo en amor soy pobre.

***

Y una última "versada" del doctor VILLAR. Parece que no tenía en muy buen concepto a los curas y decía sistematicamente, en presencia de uno de éstos:

—*Curam meum*, cura meón.

De un cura que se vió precisado a atender en su servicio del Hospital "Dos de Mayo" decía el doctor VILLAR:

Este cura dice misa
y tambien es protestante
y el demonio que lo aguante
si es que se pone en camisa.

***

El doctor VILLAR gustaba de mixtificar el nombre de los "saprofitos" desdoblándolo picarescamente en estas dos palabras: "sapos fritos".

***

Entre las prescripciones humorísticas del doctor VILLAR refieren sus internos y externos la tradicional del "cocimiento del cuero de oso" y la no menos tradicional de "Gotas amargas del Padre Trejo". Estas gotas amargas llevaban el nombre de un ex-capellán del Hospital y representaban los auxilios espirituales que la religión católica concede a los agonizantes. De modo que los internos, en vez de anotar tales cuales las gotas amargas escribían la palabra "Sacris".

***

La coprología tuvo alguna vez su edad de oro en el mundo. Túvola también entre nosotros y a punto tal que había clínicos que

obligaban a sus clientes a adquirir verdaderas colecciones de vasos de noche, con el objeto de mejor examinar el orden cronológico de las deposiciones. Si esto ocurría en la práctica civil, algo semejante ocurría en la hospitalaria y a la cabecera de cada cama de disentérico era de verse la batería de vasos de noche que el barchilón iba descubriendo con la mayor pulcritud.



Como quiera que la fetidez de dichos reservorios era a las veces insufrible, el doctor VILLAR llevaba a precaución en sus bolsillos un frasquito de Agua Florida que destapaba y aspiraba después del examen de cada deposición, ofreciendo el frasquito, en seguida, a su jefe de clínica y a su interno. No les hacía la misma invitación a los alumnos, de quienes decía:

—Es bueno que se vayan acostumbrando......

* * *

Desempeñando el doctor VILLAR las funciones de médico de policía de Lima, se vió obligado a conocer en un caso de violación: una lechera acusaba al peón de una hacienda de haberla violado brutalmente en uno de los caminos. Comparecieron ante el doctor VILLAR la víctima y el acusado. La primera hizo una prolija relación de hechos, que el acusado escuchaba en silencio. A relación terminada, intervino el doctor VILLAR y dijo, dirigiéndose al presunto violador:

—¿Es verdad todo esto?

—Si, doctor, dijo el acusado.

—Entonces, agregó el médico, ¿hubo violación?.

Vaciló el acusado y respondió:

—Diga usted, señor doctor: ¿hay violación donde hubo meneo?

MISCELANEA

UN CASO DE METÁSTASIS

En tanto que el doctor Ernesto ODRIOZOLA y el doctor Francisco GRAÑA esperaban un tranvía, pudieron contemplar una hermosa casa cuya fábrica avanzaba rapidamente y cuyos detalles revelaban la holgura económica del constructor:

—¿De quien es esta casa, Pancho? preguntó el doctor ODRIOZOLA.

—Del ingeniero Fulano

—¿Qué Fulano?

—El que construye el edificio público tal......

—Ah! dijo don Ernesto: es un caso de metastasis......

SI NO PASIVO, ACTIVO

El doctor ODRIOZOLA había encargado a Francisco GRAÑA de practicar, en el hospital

"Dos de Mayo" el reconocimiento del esfínter anal de sujeto respecto a cuya higidez sexual tenía el maestro grandes sospechas. Terminado el examen, el doctor GRAÑA manifestó no haber hallado el infundíbulo clásico:

—Activo, entonces, dijo prontamente el maestro.

UNA DIETA COSTOSA

Prototipo de la arcaica asistencia de alienados que mantuvieron las hijas de San Vicente de Paul en el Perú hasta el año de 1919, era un guardián gigantesco, francés de nacimiento, llamado Octavio y mas frecuentemente "don Octavio", probablemente en homenaje a su estatura; el tal había sido "loquero" en Charentón y se jactaba de derribar a un agitado de un simple puñetazo. Enfermó en cierta oportunidad el "don Octavio" y el doctor MATTO al visitarle, le dijo a Baltazar CARAVEDO.

—Será bien que le pongamos a dieta: un lomito de bisonte y un huevito de avestruz.

EL CLIMA DE LIMA

Don Hipólito UNANUE, el padre de la Medicina Peruana, había estudiado, en los primeros años del siglo XIX, en forma admirable, el "clima de Lima", en unas "Observaciones" que merecieron elogio unánime de la

crítica, así americana como europea. Es el primer estudio acerca de las malas condiciones del clima de nuestra capital, acerca de sus propiedades deprimentes. Y es curioso que, en la misma familia del padre de la Medicina Peruana, otra voz, la del ilustre Juan de ARONA, expresase el mismo concepto en una admirable síntesis poética:

El clima en cuya atmósfera me baño
es un clima admirable, sin mas pero
que un dulce malestar, de enero a enero
y un "estarse muriendo" todo el año.

LAS PROPINAS

Cerca de cada aula de examen, en la casa de la plazuela de Santa Ana, que fuera un día el Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, se colocaba anualmente, en días de prueba final, todo un Estado Mayor de modestos empleados de la Facultad, que "codeaban" una propina a aquellos alumnos que habían obtenido un buen éxito en sus exámenes: en el número de tales empleados figuraban, en primer término, "Pajarito", el justamente célebre portero del Anfiteatro Anatómico; su hijo primogénito, Félix, en quien veíamos al sucesor obligado del autor de sus días en el difícil cargo; Manuel, el portero del laboratorio de Química, que debe tener algunos años más de los que representa; Pedro, el monocular portero del Laboratorio "Pé-

rez Roca", en aquel entonces segundo de Manuel; QUESADA, el portero de la Facultad y su segundo GODOY sólo hacían objeto de agresión económica a los venturosos que obtenian la nota de "sobresaliente".

Los alumnos "jalados" eran respetuosamente abandonados a su dolor, a menos que se les consolase hablándoles de la injusticia de los catedráticos o de "lo pronto que pasa el tiempo".

Tales propinas oscilaban al rededor de los veinte centavos. Las propinas de recepción de médico eran de dos soles de plata.

MAESTROS DE ANTAÑO

Cuando me inscribí en la matrícula de la Facultad de Medicina—ya hace de ello unos veinte años—era Decano el doctor Armando VÉLEZ y desempeñaba la secretaría el doctor Manuel Camilo BARRIOS.

El doctor VÉLEZ estaba muy enfermo. Claudicante de las extremidades inferiores, hacíase conducir a la Facultad, situada todavía en la plaza de Santa Ana, en un coche de plaza. Guiaba este carruaje un auriga muy popular en Lima, apodado "Pata de palo", en gracia al adminículo ortopédico de que era portador. Todas las mañanas a una hora invariable, deteníase el carruaje a las puertas de la Facultad y "Pata de palo", auxiliado por el portero QUESADA y su segundo GODOY, conducía al doctor VÉLEZ hasta las oficinas del Decanato, establecidas en la parte alta del secular edificio.

Esta parte alta de la secular casa ofrecía a la mirada del curioso algunos departamentos de las ruinosas puertas cubiertas de polvo y de telas de araña, de los muros agrietados y descoloridos. Referían una tradición relativa al departamento izquierdo, aquel cuyas ventanas miraban a la calle de Sacramentos. Decían que, desde uno de los balcones de aquella habitación, un hijo del primer Decano de la Facultad, doctor Cayetano HEREDIA, había herido de muerte a un muy querido amigo suyo y compañero de eetudios médicos, disparándole un fusil que el desventurado temerario creyó descargado y que el destino había cuidado de cargar. Y decíase que la víctima marchaba, en aquellos momentos, al lado de una mujer encantadora.

En esta parte alta estaba situado también el Museo "Raimondi", con sus ricas colecciones evocadoras de la obra infatigable del sabio italiano; con sus muestras mineralógicas, sus herbarios, sus dibujos, sus colecciones de cráneos peruanos, objetos todos cuya contemplación ponía alguna vez lágrimas en los ojos del viejecito COLUNGA que con tan sincero afecto recordaba a su maestro y precursor en la cátedra de Historia Natural Médica.

El doctor COLUNGA vestía siempre de *jaquet*; caminaba lentamente, con una cierta

marcialidad y tenía un tic consistente en tirarse de la piel del cuello. Cubierta la cabeza por un sombrero de paño, anudada la corbata al cuello con un cierto desaliño y en forma arcaica, el doctor COLUNGA, cuando nosotros le conocimos, ya musitaba por las calles largos monólogos ininteligibles. La Botica »Remy», en la calle de Mercaderes representaba la verdadera meta de los diarios paseos del doctor COLUNGA, y era a las puertas de ese establecimiento que se le hallaba cotidianamente después de las 6 de la tarde.

Gozaba el doctor COLUNGA fama de severo y de ejemplarmente recto y se refería de él que, obligado por las circunstancias, a favorecer a un alumno "dándole punto" (indicándole el tema de examen) se creyó en el deber de proceder exactamente con todos los demás alumnos, a quienes llamó y dijo, mas o menos, las siguientes palabras:

—Por primera vez en mi vida he debido, este año, "dar punto" a uno de ustedes. Esta conducta no puede ser mas incorrecta ni mas digna de censura; pero, ya que debo asumirla, quiero, al menos que todos ustedes beneficien de la debilidad del profesor.

Y dichas estas palabras procedió al reparto de puntos, del cual no excluyó, naturalmente, al *recomendado*.

Vivían entonces y formaban parte de la Facultad dos lumbreras de la Medicina Na-

cional: el doctor Lino ALARCO, príncipe de los cirujanos peruanos de la época, y el doctor Juan C. CASTILLO que lo era a su vez de los médicos peruanos contemporáneos suyos.

Ambos tenían carruaje propio. El doctor ALARCO asomaba siempre la cara por el ventanillo del coche para contemplar curiosamente los pies enanos de las limeñas, costumbre que era en él una manía inofensiva. Mis recuerdos del doctor ALARCO son vaguísimos; pues cuando llegué a la Clínica Quirúrgica de Varones ya era esta regentada interinamente por el doctor FERNÁNDEZ CONCHA (1904). Asi, pues, del doctor ALARCO mis recuerdos sólo corresponden a la leyenda de que vivía rodeado. Se hablaba de sus portentosas habilidades de cirujano y de su irritabilidad de hombre engreído.

Del doctor CASTILLO guardo recuerdos más vivos: me parece verle en su sala del Hospital "Dos de Mayo", rodeado de sus alumnos, que le admiraban muy sinceramente. Nosotros, los alumnos del segundo año, le habíamos tomado verdadero pánico, motivado por la facilidad con la cual el doctor CASTILLO encargaba del examen de un enfermo a cualquiera de los curiosos que llegaba a su sala de Clínica. En cierta oportunidad, encomendó el examen de un enfermo a un compañero nuestro que sólo pudo ofrecerle al maestro, como parco resultado de sus investigaciones, la "noticia" de tratarse de un hombre, lo cual no era revelador de excesos de sutileza ya que el Hospital "Dos de Mayo" era, como lo es hasta ahora, exclusivamente dedicado a la asistencia de varones.

Del doctor CASTILLO, a quien sus discípulos llamaban indistintamente "el maestro" y "Don Juan Cancio", refería la leyenda portentos de sabiduría y de aciertos clínicos. Decían, por ejemplo, y yo recuerdo que el decir circuló entre nosotros los alumnos del segundo año, que había diagnosticado un caso de peste bubónica hospitalizado en el "Dos de Mayo"......a diez pasos de distancia del enfermo, habiéndole bastado contemplar el rostro del sujeto para llegar a tal conclusión. Al menos asi nos lo contaron y asi lo cuento.

Vivía aun el doctor Julián SANDOVAL. Era una verdadera reliquia de la Facultad de Medicina, sobreviviente único de los años brillantes de organización de la Facultad en 1856, que había tenido sus días de actividad provechosa y de organización entusiasta en el ramo de la Sanidad Militar. Era el doctor SANDOVAL maestro de la Clínica Quirúrgica de Mujeres. Iba diariamente a la sala de La Virgen, en el Hospital de "Santa Ana"; se sentaba en una silla y se entretenía en observar el ágil ir y venir de los que comenzaban la carrera, cuando no en echar una pequeña siesta. Una sóla lección nos ofreció el doctor SAN-

DOVAL y fué escrita: en un pequeño fragmento de papel nos llevó, escritas de sus manos temblorosas, las equivalencias entre pulsaciones y temperatura.

También vivía otro fundador de la Facultad de Medicina; pero mas joven que el doctor SANDOVAL: el doctor Rafael BENAVIDES. El ilustre partero, del andar ágil y erguido, del vestir correcto, del hablar fácil y ameno, hubiese podido ser tomado por mas joven de lo que era a no ser por las canas que peinaba. A despecho de éstas, había lozanía en sus con versaciones, muy interesantes siempre y en sus lecciones, lecciones de un maestro enamorado de su enseñanza y familiarizado con todos los secretos de ella.

El doctor Martín DULANTO, eternamente cubierta la encanecida cabeza por el molesto sombrero de pelo, vistiendo con grande frecuencia una levita de paño de color azul, apoyado el encorvado cuerpo en un robusto bastón, discurría lentamente por aquella casa vieja en cuyas aulas había dejado fama de alumno inteligente y debía dejarla de maestro claro y sencillo y severo. Enseñaba el curso de Higiene en dos años: en el tercero de estudios, en el cual enseñaba la Higiene Privada y en el séptimo, en el cual enseñaba la Higiene Pública. Era artículo de fé que don Martín no había puesto en su vida, a alumno alguno, calificativo superior a once o doce, ase-

gurando que la nota quince la merecía el profesor......si era bueno.

Era Prosecretario de la Facultad y Catedrático de Fisiología el doctor Antonio PÉREZ ROCA. Vestía con grande corrección y gozaba fama de ser uno de los limeños que a mayor perfección llegaban en tal sentido. De severo aspecto, lacónico con los alumnos, era de un trato muy ameno, de una muy grande cultura y de muy simpáticas prendas, fuera del marco disciplinario que se tenía hecho en la Facultad.

El doctor Julio BECERRA alto y mas bien delgado que grueso, con un rostro en el cual vagaba una sonrisa de indulgencia, era el profesor de Anatomía General y Patológica. El doctor Eduardo SANCHEZ CONCHA, que es un archivo amable de historias, refería a los "de años superiores"—como llamábamos a los alumnos de sexto y séptimo año de estudios—la hermosa actitud de BECERRA durante nuestra infortunada guerra con Chile y contaba el grave riesgo que corrió el excelente médico de ser brutalmente asesinado por un soldado que miraba codiciosamente el reloj de oro que llevaba *el físico* (asi llamaban los soldados chilenos a los médicos). Grande amigo del doctor Guillermo GASTAÑETA que, en aquel entonces, se iniciaba tanto en la práctica civil como en el ejercicio de la docencia, ofrecían, cuando iban juntos por las ca-

lles, el contraste de sus estaturas: el doctor BECERRA muy alto y el doctor GASTAÑETA mucho menos alto. La malevolencia de los muchachos, a pesar de distinguir con el mismo cariño al maestro envejecido en la docencia como al joven maestro en quien se adivinaban las excelencias del presente, decía de ambos amigos: "San José y el niño".

Vivía el doctor Tomás SALAZAR que muchos de los jóvenes de hoy han conocido. Ya estaba claudicante por razón de un grave traumatismo sufrido en una de sus piernas. Era el más cumplido de los catedráticos y no declaraba cerrado el curso hasta no haber terminado de dictarlo, motivo por el cual, muchas veces, durante todo el mes de noviembre, debíamos concurrir al curso de Terapéutica. Autor de una muy interesante contribución al estudio de las "verrugas" que fue publicado en la vieja "Gaceta Médica" de Lima, era el prototipo de la honradez y de la bondad. Muy de mañana, después de oída misa en la iglesia de los Descalzos, de la cual era vecino, viviendo en la calle de Copacabana, tomaba el tranvía que debía conducirle a su servicio del *Crucero*, en el Hospital de San Bartolomé. En la esquina de la calle del mismo nombre le esperaban varios pobres, a quienes socorría diariamente, procurando no ser visto de persona, cual si cometiese una

mala acción. siendo asi que ofrecía un hermoso ejemplo.

El doctor ARTOLA era el catedrático de Farmacia. Había escrito y publicado un curso de la asignatura a él confiada y no era pródigo en demasía en dictar sus clases. Era, en cambio, un examinador muy severo y compartía estas funciones de jurado con el doctor HERMOZA. El doctor ARTOLA formaba en las filas de aquellos médicos que, siguiendo vieja tradición del gremio médico, se reunían a departir amigablemente en algún establecimiento farmacéutico: él era asiduo concurrente al almacén de expendio de bebidas gaseosas de Leonard, en la calle de las Mantas.

El doctor José María QUIROGA era el Catedrático de Patología General. Vivía rodeado de una atmósfera de afortunado operador en el servicio quirúrgico del Hospital de San Bartolomé, en la época en la cual asepcia y antisepcia eran desconocidas y operaba rodeado de condiciones perfectamente desfavorables. No obstante, el doctor QUIROGA había obtenido grandes éxitos. Era director del Instituto Nacional de Vacuna, cargo en cuyo desempeño había realizado perseverante y provechosa labor.

De los demás catedráticos de aquella época sobreviven pocos. Apenas si los entonces jóvenes y entonces nuevos ven surcarse el rostro de arrugas y observan que la nieve de la vida comienza a caer sobre sus cabezas.

MISCELANEA

INOCULACIONES

Además de la inoculación de la verruga peruana por Daniel A. CARRIÓN, debemos citar, entre otras inoculaciones graves de nuestra historia médica, las siguientes:

El año 1884, el entonces alumno doctor Manuel A. VELÁSQUEZ. que se ocupaba en preparar un esqueleto para la sociedad Amantes de la Ciencia, de la cual era miembro entusiasta, fué víctima de una inoculación cadavérica que le puso en peligro de muerte, de la cual fué atendido por el doctor Leonidas AVENDAÑO, que publicó la observación en "La Crónica Médica" de Lima.

Estudiantes de medicina todavía sufrieron inoculaciones graves los hoy doctores y catedráticos de la Facultad de Medicina Carlos VILLARÁN y Constantino J. CARVALLO.

Tenemos entendido que la inoculación del primero fué de peste bubónica.

A inoculación por peste bubónica fueron debidas dos pérdidas lamentables para la medicina peruana: la del joven médico Ricardo UGAZ y la del estudiante del 7º año de Medicina don Ricardo GARCÍA GASTAÑETA.

MEJOR ES LLEVARLO EN ALGUNA PARTE

El doctor Lino URQUIETA no había perdido con los años aquel atiplamiento de voz que le caracterizó en plena juventud y que no fué obstáculo para sus victorias en el parlamento y en la tribuna popular. Alumno todavía fué interrogado en cierta oportunidad por un jefe de servicio hospitalario y parece que no dió con bola, circunstancia que el dicho jefe de clinica comentó en la siguiente forma:

—Joven Urquieta: hoy lleva usted el talento en los talones.

A lo que respondió Urquieta, rápida e ingenuamente:

—Y ¿no cree usted que es mejor llevarlo en alguna parte que no llevarlo?

AGUA DE COLORES

El formidable "Pajarito", portero del Anfiteatro Anatómico, creía que lo único de verdad que tenía la medicina era la Anatomía. Y expresaba este concepto en la siguiente forma:

—No se muevan de aquí (se refería al Anfiteatro); no se metan en el Laboratorio de Química a estar jugando con las agüitas de colores......

LA FALTA DE COSTUMBRE

Llega al hospital "Dos de Mayo" un negro viejo que, a los 72 años de vida, sabe recién lo que es una enfermedad y lo que es una asistencia médica. Las exigencias del tratamiento obligan al topiquero a ponerle al sujeto una "chata" con el objeto de evitarle un inútil esfuerzo nocivo. El sujeto protesta con toda su alma y explica su protesta al internó, que lo era el que estas líneas escribe, diciéndole iracundo:



—No, niñito, no; yo no c... en *juente*.

LA JERINGA DE BOMBA

El año de 1903 los clínicos de primer año de estudios eran verdaderos bomberos, ya que su labor se reducía a irrigar muy abundantemente las heridas infectadas y las úlceras. Para el efecto disponían de unas cuantas

jeringas de aquellas de bomba, verdaderas bombas aspirante impelentes, de pequeño rendimiento y que exigían de quien las manejaba una buena dosis de paciencia. Los mandiles de los externos llevaban, en su porción delantera, un bolsillo destinado al frasco en el cual se abastecía la bomba dicha. Los irrigadores vinieron después y después todavía los grandes barrilitos cargados de Licor de Van Swieten y de otras sustancias por el estilo.

APUROS DE UN BACHILLER

Luis Oscar ROMERO, el hábil compatriota nuestro que abandonando el Perú hizo tan buena campaña profesional en el Brasil y que, según creemos, se halla actualmente establecido en la República Argentina, debía graduarse de bachiller el año 1902. La sesión en que debía tener lugar el grado era tumultuosa, por motivo de política universitaria que no recordamos. Ya se había concedido el uso de la palabra al candidato y ya había ocupado éste la tribuna (en aquel entonces el candidato a bachiller ocupaba la tribuna del salón de sesiones; después ocupaba una silla; en la actualidad sólo se presenta ante tres miembros de la Facultad). Ya había ocupado la tribuna ROMERO y había dado comienzo a la lectura de su tesis, con las siguientes palabras:

—Estudio químico de la leche......

Pero ni había terminado estas palabras cuando uno de los catedráticos encendía nuevamente el fuego de la discusión y ésta continuaba.

Volvía ROMERO a las andadas:

—Estudio químico de la leche......

Y la discusión se reanudaba

En una de las verdaderas arremetidas de ROMERO para que le dejasen empezar, el doctor COLUNGA se volvió hacia el doctor DULANTO y le dijo:

—¡Caramba!......¡qué mala leche!

MINEROS Y AGRICULTORES

El doctor Carlos Enrique PAZ SOLDÁN establece pintorescamente la oportunidad de las curas seca o húmeda en el tratamiento de las uretritis blenorrágicas.

—Los gonococos—dice—son mineros o agricultores y la eficacia del tratamiento de la uretritis gonocócica está vinculada al conocimiento de la *profesión* de tales huéspedes. Cuando se trata de los mineros, que tanto temen al agua, hay que innundarlos (cura húmeda). Cuando, por el contrario, se trata de los agricultores, que en tanto estiman el agua, hay que privarles de ella (cura seca).

UNA PROFESIÓN MÁS

El doctor Ricardo L. FLÓREZ niega la autenticidad de esta anécdota que circula res-

pecto de él. Parece que una de las muchas veces que el doctor FLÓREZ había sido reducido a prisión, por creérsele complicado en un movimiento político, fué llevado a la Intendencia de Policía de Lima y entregado a un oficial de guardia que tenía menos dedos de frente que galones y cuidado que sólo era alférez, el cual oficial comenzó a tomarle datos a su prisionero:

Nombre?

Edad?

Domicilio?

Y llegó, por último, a la profesión. Don Ricardo que estaba muy mortificado por esta prisión más, parece que la milésima de la serie, respondió:

--Mártir político

Y el bueno del alférez escribió impertérrito:

"Mártir político"

EL METODO INTUITIVO

El año 1903 el doctor Wenceslao MOLINA reemplazó en la Clínica Quirúrgica del Hospital de Santa Ana al Dr. Julián SANDOVAL, el viejo maestro que vivía los últimos años de su vida. Como jefes de clínica actuaron aquel año los doctores Carlos Alberto GARCÍA y Miguel ALJOVÍN, quienes no tardaron en hacerse dueños y señores de la simpatía de sus alumnos y de su admiración. GARCÍA nos encantaba con sus acotacion poéticas a la Clínica (aún recordamos algunas citas oportunas de BARTRINA) y con sus incursiones en el idioma de VIRGILIO a las que debimos nuestra familiaridad con el Kalium, el Natrium, etc. ALJOVÍN, por su parte, al mismo tiempo que nos enseñaba el A. B. C. de la clínica, nos hacía con cierta crudeza amable el balance de satisfacciones y desengaños de la carrera médica, que exhibia ante nosotros

con fraternal empeño. El doctor MOLINA, con todos los entusiasmos de la iniciación docente, nos ofrecía lecciones y charlas que escuchábamos con el más alto interés.

La sala de "La Virgen," en la cual tenía lugar la enseñanza clínica, ofrecía el mismo aspecto frío y desagradable que ofrece al presente. Cuando pasamos en la actualidad por esta sala que vió nuestros primeros entusiasmos y nuestras primeras alegrías médicas, solo echamos de menos la figura abacial de EDUVIGES la vieja topiquera de la cara socarrona, y la grácil figura de la madre Ana, la anciana religiosa que no nos profesaba mucho afecto y que desconfiaba sistemáticamente de la eficiencia de labor de los clínicos.

Tuvimos aquel año, entre otras enfermas, una histérica víctima de una luxación de la cadera, que había dedicado todos sus fervores amorosos a Ricardo PALMA y que, en el momento de la anestesia clorofórmica a que fue sometida para la reducción que era del caso, comenzó a dar gritos repitiendo, en díminutivo, el nombre de nuestro camarada que, en esos instantes, devoró el "pavo" más voluminoso de que haya dado cuenta en su vida.

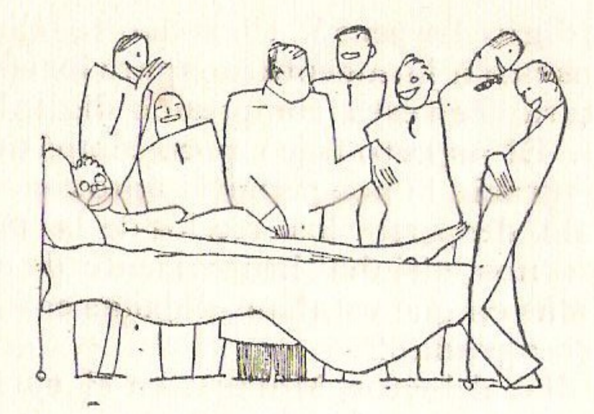
Otra enferma tuvimos que era el núcleo de reunión de todos los clínicos: se trataba de una desventurada mujer, portadora de un aneurisma en cuyo tratamiento por la com-

presión digital se pensó. Unos cuantos clínicos llegamos casi a juramentarnos para los efectos de los turnos en esta compresión digital salvadora. El aspecto físico poco simpático de esta desgraciada nos permitía aproximarnos a ella sin despertar los recelos de la madre Ana, que nos alejaba bruscamente de aquellas camas en que estaban alojadas enfermas del físico agradable.

Uu día, el doctor MOLINA, en el curso de la visita, iba explicándonos las lesiones constatadas en cada enferma. En tales condiciones llegamos a la cama número 8, en la cual yacía una negra, víctima de una bartolinitis.

Precisa advertir que, en aquella época, la recepción de enfermos en los hospitales, estaba más a cargo de las religiosas que de los médicos y que así andaba aquello, siendo lo más frecuente encontrarse un caso de medicina en uno de cirugía y al contrario. Y precisa advertir también que la Ginecología, si bien contaba ya con el núcleo pedagógico que fué la sala de Las Mercedes, no era tan respetada en los hospitales como lo es al presente.

El doctor MOLINA comenzó a explicarnos el mecanismo de aquella bartolinitis y, con el propósito de mejor indicarnos los detalles del proceso, la sede y las alteraciones de la glándula, etc., puso su dedo índice en el *loco* enfermo. Y en tanto que se expresaba, su índice no abandonaba la región.



Nosotros escnchábamos atentamente y, de vez en cuando, fijábamos la pecadora mirada en los genitales de la desventurada que servía de tema a la lección.

Creo que el doctor MOLINA se extendió más de lo debido en su explicación y creo también que el índice del joven maestro abandonó la localización primitiva e incursionó hacia el clítoris. Ello es que, en plena oración clínica, la respiración anhelosa de la enferma, cierta secreción violenta de la glándula enferma y la mirada "con los ojos en blanco" de la mujer, nos indicaron los inconvenientes de la objetivación en la enseñanza clínica.

Los clínicos procuramos frenar nuestra risa. Y no recordamos si el doctor MOLINA se dió cuenta de los inconvenientes de la objetivación en la enseñanza clínica.

MISCELANEA

COMISIÓN DE PATEADURAS

Aunque me esté mal el decirlo, yo he sido miembro de una "comisión de pateaduras." Estudiando el quinto año de Medicina, se suscitó en el Callao un conflicto entre un interno del Hospital de Guadalupe y el inspector de ese establecimiento, que acusaba al primero, inmerecidamente, de robo. Convencidos de la inocencia del compañero, pusimos el grito en el cielo y declaramos una huelga, exigiendo satisfacción a la otensa. Y con el objeto de evitar que algunos compañeros tímidos concurriesen a sus servicios hospitalarios, nombramos tres comisiones de "pateaduras" que debían llenar su cometido con los desleales y que debían situarse en las proximidades de los tres hospitales de Lima. Yo, a despecho de mis pacíficos antecedentes, formé parte de la comisión de pateaduras del Hospital "Dos

de Mayo." Debo sí advertir que no tuvimos necesidad de "patear" a nadie; pues la huelga fué unánime.

CINCO SOLES DE MALARIA

El Asilo Colonia "Víctor Larco Herrera', ha sido el primer establecimiento hospitalario peruano en el cual se llevó a cabo la cura de Wagner VON JAUREG en el tratamiento de la sífilis nerviosa y con un éxito brillante por cierto, en el servicio de Honorio F. DELGADO, introductor, entre nosotros, del afortunado sistema. Años después, los diarios publicaron en Lima un telegrama de Dinamarca en el cual se comunicaba como novedad el indicado tratamiento. A raiz de esta publicación recibí de Trujillo una carta de la cual tomo el párrafo siguiente:

«Remito a usted cinco soles para que se digne encargar a Dinamarca esa malaria que dicen es tan buena para curar la locura. Si acaso necesitase usted más dinero, le enviaré; pues estoy llana a cualquier sacrificio para salvar a mi enfermo».

ULCERAS FANTASMAS

U ninterno del servicio del doctor Manuel MONTERO no había examinado a un enfermo nuevo y se había limitado a preguntarle al cnfermero de la sala lo que tenía el enfermo. El enfermero le había dicho que el enfermo tenía una úlcera de la pierna.

Al pasar la visita el doctor MONTERO, se detiene ante la cama del enfermo "nuevo" y le pregunta al interno:

—Y éste, ¿qué tiene?

—Una úlcera de la pierna, doctor.

—¿De cuál de ellas?

—De la izquierda, doctor.

El doctor MONTERO levanta los cobertores y constata que el enfermo tenía una pierna izquierda de palo.

UNA SALIDA

El doctor Carlos Enrique PAZ SOLDÁN rendía su examen de Medicina Operatoria ante el doctor Guillermo GASTAÑETA, quien fué siempre un severo examinador. Parece que el ilustre publicista flaqueaba en su exposición cuando el doctor GASTAÑETA le dijo, refiriéndose a una intervención quirúrgica:

—¿Qué haría usted con este enfermo?

PAZ SOLDÁN respondió prontamente:

—Mandárselo a usted, doctor:

SAL NUEVA

El Dr. José Anselmo DE LOS Ríos examinaba, en química, a un alumno a quien sus compañeros llamaban "el loco." Se trataba de la formacióa de las sales y el doctor Ríos explicaba, con la máxima benevolencia, en su

deseo de favorecer al alumno, que el ácido nítrico formaba nitratos.

El «loco», tal vez en plena manifestación de su psicósis, dijo entonces:

—Muy bien; así que si yo meto las manos en el agua, se formará un "aguato de manos."

No fueron las manos las que metió el pobre "loco"......pues salió reprobado.

Nada con la familia

Un sujeto de color honesto había sido nombrado interno del servicio del doctor Aurelio Alarco y se había constituído muy de mañana, a la puerta del servicio hospitalario, para presentarse a su jefe. Al ver llegar al Dr. Alarco, el nuevo interno avanzó hacia él y con el mayor comedimento y la más elegante de sus reverencias, le saludó en la siguiente forma:

—Buenos días, señor doctor. ¿La familia, buena?

—¿Desde cuándo conoce a mi familia?— preguntó asperamente el Dr. Alarco.

DE LA PRACTICA HOSPITALARIA

Médico joven y prestigioso, cursando el quinto año de medicina, celebra consulta rápida con un compañero de año, a la cabecera de un enfermo, en el Hospital "Dos de Mayo".

Se trata de un enfermo en gravísimas condiciones; de un desventurado cuya ruina orgánica es global. El consultante, justamente alarmado, reclama el auxilio del camarada. Este, a su vez, en su deseo de dar pronto término a la consulta, sale del paso con estas palabras:

—Lo que necesitas es una medicación heroica.....

El médico joven y prestigioso calló; avanzó hacia el centro de la sala; tomó una jeringa de Pravast; escogió una ampolleta entre las que se hallaban

en una cajita especialmente destinada a guardar las ampolletas. Volvió al enfermo y le hizo una inyección. El consultor se quedó como quien ve visiones...... El compañero acaba de inyectar al enfermo una dosis de heroína.



***

Uno de los médicos jefes de servicio en el Hospital de San Bartolomé, allá por los años de 1907, prescribía, en ocasiones, cantidades de Emulsión de FRANCK que a nosotros, los internos y externos del hospital, nos parecían un tanto exageradas.

Y tenía dicho médico por externo al hoy Dr. Baltazar CARAVEDO.

CARAVEDO era, por aquella época, el mismo que al presente, salvo una esbeltez que ha perdido definitivamente y una lozanía de que no puede vanagloriarse en la actualidad. Con decir que era el mismo, queda dicho de la frecuencia alarmante con la cual marginaría nuestra vida, un tanto monótona en el viejo establecimiento hospitalario.

Un día, en el curso de la visita, el jefe de CARAVEDO prescribió:

—Un litro de Emulsión FRANCK.

Y agregó CARAVEDO, con la mayor seriedad de que disponía en el momento:

—Y una semana de «La Prensa»......

En aquella época »La Prensa» de Lima iniciaba la publicación de las «monstruosas» ediciones de 32 y 64 páginas.

***

A título de noticia: la Emulsión de FRANCK es un preparado netamente peruano. No se halla consignado en Farmacopea extranjera alguna.

***

Un interno de hospital entrega el servicio al interno que debe reemplazarle. El sucesor es Carlos KRUMDIECK, que hubiese podido, a ser de su agrado, colaborar muy intensamente a esta «Anecdótica Médica Peruana». Haciendo la entrega del servicio, el interno cesante va indicando los diagnósticos:

—Esta es una neumónica......esta es una palúdica .....esta es una reumática......Esta es una mitral.

—¿La has auscultado?

—No, *cholito*; pero me parece.

*
* *

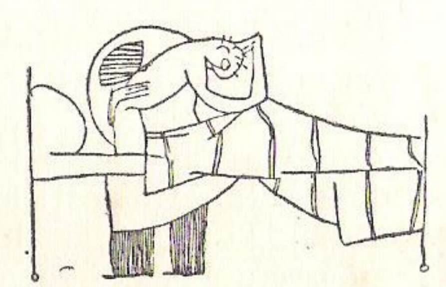
Ya hemos visto la manera como CARAVEDO complementaba algunas prescripciones terapéuticas de sus jefes de servicio, con una picardía en el decir que se ha hecho proverbial entre nosotros.

En una oportunidad, escuchando recetar tres gramos de salicilato de soda y dos de piramidón, creyó oportuno agregar:

—Y un bracerito encendido debajo de la cama.

*
* *

Julio MADALENGOITIA, compañero nuestro de estudios, era un entusiasta, casi fanático de las adquisiciones que realizábamos poco a poco, en clínica. Un día, en la sala de Santa Isabel, uno de nuestros compañeros auscultaba a una enferma y le fué dado sorprender un soplo cardiaco, hallazgo que expresó declarándonos:



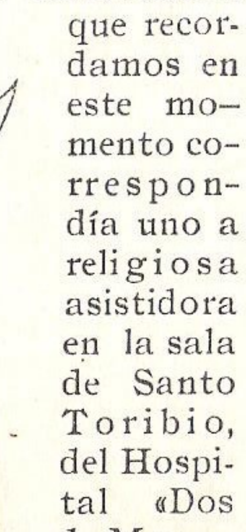
—¡Qué lindo soplo!

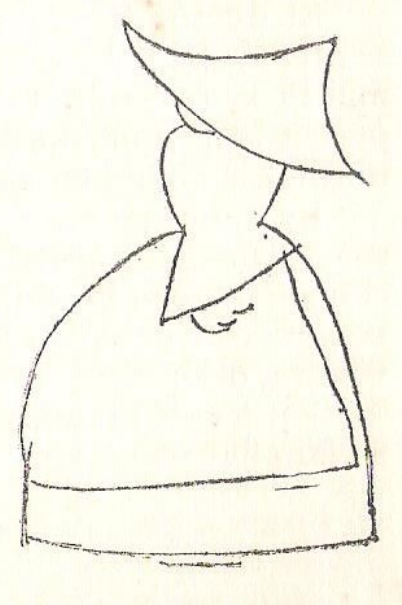
Julio se precipitó vertiginosamente hacia aquel corazón, exclamando, con entusiasmo digno de mejor causa:

—¿Dónde está, dónde está, compañerito?

*
* *

Las Hijas de San Vicente de Paul no han escapado a los motes que nuestro pueblo gusta de obsequiar con pecaminosa frecuencia. De los motes que recordamos en este momento corresponde uno a religiosa asistidora en la sala de Santo Toribio, del Hospital «Dos de Mayo», a la cual llamaban la *Vaca brava*, por el mal genio que habitualmente se gastaba. Llamaban la *Panamito* a una religiosa asistidora en el servicio del Dr.





SALAZAR, en el Hospital de San Bartolomé, probablemente por razón de su pequeña estatura. *Gallina ciega* era el mote de una monjita peruana en el hospital de Santa Ana. *Santiago Volador* era el mote de una religiosa francesa, muy alta y delgada, que asistía también en el mismo Hospital.

* * *

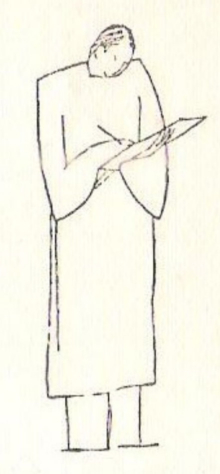
El doctor Nemesio FERNÁNDEZ CONCHA se preparaba a operar a un fimótico, el cual fimótico se manifestaba muy atribulado en presencia de una operación cuyo programa mutilante no había comprendido bien.

En momentos que el cirujano explicaba a sus alumnos las facilidades de la intervención, el operado, con lágrimas en los ojos y con una tremulación de voz verdaderamente conmovedora, dijo:

—¡La cabeza, no, doctor!......¡Hágalo por su familia!

* * *

El Dr. Ricardo PAZOS VARELA, cuyo buen humor habitual y cuya chispa representan tradición amable del gremio médico, desempeñaba el cargo de interno en un servicio hospitalario en el cual se asistía un enfermo portador de una de esas úlceras atónicas cu-



ya resistencia pasiva hacía la desesperación de los externos de aquellos tiempos. El jefe de servicio hacía la vista gorda ante este enfermo, que venía siguiendo "su régimen" desde que el doctor PAZOS había llegado a la sala.

En cierta oportunidad, el jefe de servicio exigió que todas las "historias" llevasen escrito el diagnóstico. Cumplió el Dr. PAZOS, dejando en blanco, para que lo dictara el médico, el diagnóstico de la úlcera rebelde a todos los tratamientos. Pero el jefe de servicio, lejos de dictar este diagnóstico, volvió a exigir los diagnósticos al completo. Violentándose el Dr. PAZOS, cogió la tablilla y escribió en la historia clínica el siguiente diagnóstico:

"Ulcera eterna."

LOS CIENTO OCHO

El año de 1902 fué excepcional en los anales de la Facultad de Medicina de Lima. Ese año, a favor de una ley que suprimía los dos años de Ciencias Naturales como requisito indispensable para la matriculación en Medicina, se inscribieron en la matrícula de San Fernando ciento ocho alumnos, número perfectamente excepcional, a juzgar por el asombro reflejado en los empleados de Secretaría a medida que nosotros íbamos llegando a inscribirnos.

La gruesa cifra de matriculados creó para la Facultad de Medicina una situación excepcional: habituada a conceder enseñanza a una cifra promedial de 50 a 60 alumnos, la Facultad no podía, como efectivamente no pudo, dar bruscamente una mayor amplitud a sus instalaciones y una mayor riqueza a sus elementos materiales. La obra prepara-

toria de los alumnos se resintió de ello y el resultado de los exámenes fué verdaderamente desastroso: d^ los 108 alumnos matriculados sólo fueron aprobados 30 y los demás fueron aplazados o reprobados.

En aquel entonces se "pasaba lista" y ésta, en nuestro año, era de duración tal que demoraba muchas veces doce o quince minutos. Demoraba más en cierta clase. por los comentarios que el catedrático hacía a las ausencias:

—El señor Tal...... le he encontrado conversando con sus amigos en la calle de Mercaderes......

—El señor Cual...... está paseando con una "huachafita" por la calle de la Confianza......

No sabemos si error de secretaría o travesura del catedrático, ello es que el doctor MAYORGA, entonces profesor de Física Médica, había adulterado el apellido de dos de nuestros compañeros: del apellido "Oblitas" habia hecho "Obleítas" y había transformado en "Moquilluza" el apellido de "Moquillaza".

Esta clase de Física Médica era la más concurrida del año. Verdad que el profesor gozaba fama de severísimo en exámenes y verdad que el programa era de una amplitud muy considerable. Recuerdo que era una de las proposiciones menos gratas para nosotros aquella de "Locomoción en la serie zoológica" en la cual debíamos indicar los tipos de locomoción de las comátulas y del hipocampo.

Llegábamos a la clase de Física Médica, que tenía lugar en el edificio de la Escuela, en la Plaza de Santa Ana, de 4 a 5 de la tarde, después de terminadas nuestras labores en el Anfiteatro Anatómico, que se estaba donde se está actualmente. Debíamos recorrer a pie, a paso más que ligero, el camino que separaba ambos edificios. Aquel año, las gentes asomaban sorprendidas a las puertas de sus casas, creyendo, algunas veces, que se trataba de un movimiento político, en vista del número considerable de nuestros camaradas.

A veces encontrábamos al doctor MAYORGA instalado ante su pupitre. Otras veces debíamos esperarle y para pasar el rato celebrabamos sesiones de "Congreso", muchas de las cuales fueron presididas por el hoy doctor Baltazar CARAVEDO.

Ahí van algunos "botones de muestra" de nuestras sesiones:

Un compañero (tan balbuciente como pícaro en el decir): Pido la palabra, señor Presidente.

Otro compañero: La presidencia no puedo concederle a usted aquello que ni Dios, con ser tan bueno como es, ha querido concederle.

Uno: Pido que nos pongamos de pie en

homenaje a *la cutis* del compañero V. (el cual compañero sufría, en silencio, las molestias debidas a un acné formidable, rebelde a todos los tratamientos).

Otro: Pido que se oficie al compañero Z. para que se sirva indicarnos, con la mayor aproximación posible, la profundidad de sus fondillos.

Otro: Pido que, con venia de la asamblea, se organice una subscripción para contribuír a los gastos que demande la *afeitada* del compañero X. (compañero que, efectivamente, realizaba pecaminosas economías en gastos barberiles).

Otro: Me permito recomendarle al compañero A. la eficacia inobjetable del jabón de Reuter.

El compañero A.: Protesto, señor Presidente. Debo declarar, solemnemente, que yo y mi familia empleamos el jabón de Reuter desde hace diez años.

Otro: Me permito poner en discusión el talento del compañero B.

El Presidente: No hay tiempo que perder señores.

Otro: Creo que es deber de la Asamblea procurar que el compañero L. abandone los *obscuros cáminos* que sigue actualmente (era una alusión al color honesto de la damita que el compañero galanteaba).

No pocas veces alguna de estas proposiciones terminaba en pugilato; pero, por regla general, se toleraba estas bromas y aun otras de más subido color.

Casi siempre debíamos dejar a alguno de los compañeros con el uso de la palabra para la sesión próxima; pues éramos interrumpidos por la llegada del doctor MAYORGA.

La habitación en que tenía lugar la clase de Física Médica tenía una ventana que daba al patio del cuartel de gendarmes situado en la calle adyacente; de manera que a las cinco de la tarde el redoble de tambores ponía término obligado a la lección. A clase terminada nos retirábamos a pasar la visita de la tarde en el hospital de "Santa Ana" y terminada esta visita nos íbamos a nuestras casas, cuando no acompañábamos a algún compañero belicoso que deseaba arreglar sus diferencias de Congreso en la solitaria avenida "Grau", a puñetazo limpio o con el aderezo ineludible de los cabezasos, «cabes» y otros elementos del box criollo.

En el Anfiteatro Anatómico, durante ese año, hicimos la fortuna del inolvidable "Pajarito". A alguno de nosotros se le ocurrió que "Pajarito", aparte su versación en Anatomía, gozaba de una admirable facilidad de palabra. Y entonces hicimos que nos "echase" discursos. Le subíamos encima de una de las mesas de disección y le obligábamos a hablar. Los discursos eran premiados con

estruendosas ovaciones y con algo que para el pobre Eugenio valía más que el público aplauso: con una lluvia de monedas que caían sobre la mesa, a los pies del orador, quien se apresuraba a recogerlas y guardarlas. Casi siempre comenzaba Eugenio sus discursos con estas palabras:

—Queridos jóvenes: ustedes son muy inteligentes y muy buenos y de muy buenas familias.. ...

Al principio le entregábamos el dinero a "Pajarito"; pero, al saber que la mayor parte de nuestro donativo le servía para beber, colectábamos el dinero y hacíamos adquisiciones de víveres que obsequiábamos a la familia del portero inolvidable. Y era de vernos en la «chingana» de la calle de Doña Elvira, adquiriendo frijoles, arroz, manteca, papas y cuanto creíamos podía ser de utilidad para la mujer e hijos del buen Eugenio, quienes vivían en una tiendecita situada casi frente a frente de la puerta principal del Botánico.

Muchas veces hablamos con "Pajarito" de aquellos tiempos y de aquellas discursos, los más productivos que el «echó» en su vida y más productivos que muchos discursos «echados» por otros. No era sin un suspiro que el pobre viejo, ya enfermo, muy venida a menos su alegría expansiva de otros tiempos, nos decía:

—Los de ahora no son así, créame usted. Ahora para sacarle un *veinte* a un joven por un esfenoides, hay necesidad de más discursos que todos los que les echaba a ustedes.

El bueno de Eugenio, a quien el doctor MONTERO quería tanto y a quien *sermoneaba* con tanta frecuencia, reprochándole sus vicios, su ociosidad entre ellos, hizo aquel año un verdadero negocio excepcional: la compra y venta de mandiles y de instrumentos de disección, la venta de cráneos y de huesos, todo ello le dejó pingües ganancias, que se agregaron a sus rentas habituales, entre ellas la graciosíma procedente de la venta del llamado "aceite de muerto".

Sabido es que nuestra Medicina Popular concede virtudes maravillosas al llamado "aceite de muerto", que se supone producto de la fusión del tejido adiposo humano. Las gentes acudían a "Pajarito", le pagaban sumas relativamente considerables por pequeñas cantidades del que ellas creían aceite de hombre y era solamente aceite de las lámparas que empleaba Eugenio para "velar" los cadáveres que llevaban a la Morgue, cuando "los deudos" se interesaban por rendir este modesto postrer homenaje a los suyos. Un día le vimos cobrar cinco soles de plata por unos cincuenta gramos de dicho aceite y defender este precio subido con estas palabras:

—Sí; a usted le parece caro: pero no sabe usted todo el trabajo que me ha costado reunir este aceite. Vea usted todos los muertos que hay ahora...... todos chinitos y todos flacos: ni pizca de grasa......

Eugenio VARELA, desgraciadamente era falto de condiciones que hubiesen hecho de él un excelente colaborador. Conocía bastante de Anatomía; pero a su modo. Había alterado pintorescamente algunos nombres, como aquel del "muy elevador del ano" que él decía pomposamente.

El curso de Química Médica era dictado por el doctor VELÁSQUEZ, quien tenía como ayudante a Carlos ALIAGA Y PÉREZ, entonces alumno de Medicina, devoto cultivador de la Química que manifestaba apreciables condiciones para la docencia. Portero del laboratorio era el mismo Manuel que sirve el pnesto ahora y que ya en aquel entonces era el abastecedor de animales del laboratorio.

La clase de Historia Natural era dictada por el Dr. COLUNGA: el curso era, a despecho de la presentación de plantas, esencialmente teórico y dictado a hora muy incómoda, a la una de la tarde, hora más propicia para la siesta que para la enseñanza.

El Dr. COLUNGA dictaba su curso en el Jardín Botánico.

La practica hospitalaria de estos ciento

ocho alumnos fué dividida entre los hospitales de Santa Ana y Dos de Mayo: una mitad de los alumnos fué enviada al primero y una mitad al segundo de dichos establecimientos hospitalarios. En uno y otro hospitales fuimos acogidos malamente: las religiosas, los topiqueros y las topiqueras, los barchilones y las barchilonas, nos miraban como a verdaderos delincuentes. Y en cuanto a los enfermos y enfermas, nuestra aparición en los hospitales fué causa de un verdadero éxodo de unos y otras, que preferían carecer de asistencia a ser asistidos por los temibles "Clínicos". En el hospital de Santa Ana las resistencias a nuestro ingreso fueron tales que para penetrar a la sala de clínica debíamos esperar en el patio la llegada del jefe de práctica, sin cuya compañía nos era negada la entrada.

Los exámenes, como ya hemos dicho, fueron verdaderamente trágicos: el jurado prodigó los calificativos de 0, 1 y 2.

Profesor de Anatomía Descriptiva era el Dr. Eduardo SÁNCHEZ CONCHA, entusiasta y bondadoso; Director Anatómico era el Dr. Manuel MONTERO, laborioso y competente; Ayudante del curso el hoy Dr. Carlos VILLARÁN, después excelente catedrático de Anatomía descriptiva. Del personal del Anfiteatro Anatómico en aquel entonces, dijo Pablito PATRÓN Y TERRY, formidable talento arreba-

tado al afecto de los suyos y en plena juventud por la tremenda peste blanca:

Cuatro tipos hay en Lima
que no los hay ni en Terán:
SÁNCHEZ CONCHA, MONTERITO,
«Pajarito» y VILLARÁN.

MISCELANEA

PARA QUE LA CUÑA SEA BUENA

José Manuel DÁVALOS y José Manuel VALDEZ fueron mulatos si bien más de ello tenía el segundo que el primero. Como quiera que el privilegio de castas se hallaba en todo su apogeo, ambos debieron vencer las dificultades que su meztizaje les representaba para conseguir la borla doctoral en la Universidad de Lima. Venciólas el primero realizando sus estudios en el Colegio "Louis" de Montpellier. Venciólas el segundo merced a la gracia que a iniciativa del Cabildo de Lima le concedió el Monarca español. En la colación del grado de doctor de VALDEZ debió de intervenir el Dr. DÁVALOS y lo hizo en forma agresiva para el ilustre traductor de los Psalmos, en forma tal, que éste no pudo menos que exclamar:

—Para que la cuña sea buena ha de ser del mismo palo.

VOCABULARIO JAPONÉS

El primer médico peruano que adquirió un considerable número de vocablos japoneneses para su trato diario con los enfermos de esa nacionalidad en el hospital "Dos de Mayo" fué Ricardo SAURI, quien atendía los muchos casos de beri beri que fueron asistidos en el hospital "Dos de Mayo" en los primeros tiempos de incremento en la inmigración japonesa al Perú. SAURI llegó a escribir un vocabulario japonés-castellano.

EL TÍO DE LA QUÍMICA.

El Dr. VELÁSQUEZ, amenizando una de sus lecciones de Química Médica:

—Aun cuando no soy chistoso, voy a hacerles una pregunta que, tal vez, sea chiste. ¿Cuál es el tío de la Química?

Perplejidad de los alumnos.

—Pues el tío de la Químiza es el azufre; porque el "tiosulfuro"......

VANITAS VANITATEM

El Dr. Federico LEÓN Y LEÓN asiste, en el Consultorio quirúrgico del Hospital de Santa Ana al examen ginecológico que se lleva a cabo en una mujer de edad avanzada, cuyos genitales ofrecen al examen la presencia de una secreción purulenta.

—Es que—interpreta la enferma—estoy con *gonorrea*.

—Esas son palanganadas, señora—comenta LEON.

UNA PSEUDO OCLUSIÓN INTESTINAL

Un compañero del Dr. LEÓN Y LEÓN había formulado un diagnóstico de oclusión intestinal. Es de creer que el diagnóstico no correspondía por entero a la realidad, pues que la enferma curó por mecanismo diverso del habitual tratamiento de la oclusión. Obligado el médico autor del diagnóstico a establecerlo, para los efectos de la estadística, apuntó rapidamente.

"Pseudo oclusión intestinal".

UN PATRIOTA COMO POCOS

De un señor Ch., alumno de Medicina, de quien se refiere algunas anécdotas, se cuenta la siguiente:

Al llegar a La Habana en compañia de algunos compatriotas, alumnos de Medicina como él, halló la ciudad profusamente iluminada, enorme concurrencia de personas por las calles y plazas, con motivo de cierta festividad. El señor Ch. se apresuró a preguntar a sus compañeros.

—Oigan ustedes: ¿es 28 de julio?

LA ANATOMIA DEL «PISCAO»

A este mismo señor Ch. lo examinó en Zoología el Dr. COLUNGA, quien le señaló por tema la morfología de los peces. El examen fué detestable. En momentos que el alumno salía de la sala, víctima de una verdadera confusión mental, sus compañeros, siguiendo una tradición en la Facultad, se apresuraron a preguntarle cuál había sido el tema del examen.

—Me ha *tomao*, dijo, la anatomía del *piscao*.

Y *Piscao* le llamaban desde entonces sus camaradas.

ACERCA DEL FÓSFORO

Un señor GUERRA, alumno de medicina que abandonó sus estudios y se dedicó a otro género de actividades, rendía examen de Química Médica. El Dr. VELÁSQUEZ le pidió que se ocupase del fósforo. El alumno no se hizo de rogar y dijo:

—El fósforo es uno de los elementos más importantes del mundo inorgánico y, según he leído en una revista argentina, existe en cantidad suficiente para hacer con él una caja de cerillas.

No se sabe a ciencia cierta lo que GUERRA quiso decir. Ello es que salió mal en el examen y se ganó el mote de "Caja de Cerillas".

LAS "GANAS' EN CLÍNICA

El Dr. JULIÁN ARCE es muy bondadoso para con sus enfermos; pero, al mismo tiempo, es muy serio y poco gastador de bromas a menos que éstas sean exigidas por una orientación psicoterápica.

Un día, examinando a un enfermo, le pregunta, recurriendo a la tecnología popular y refiriéndose al apetito:

—¿Y tiene ganas?

El enfermo mira socarronamente al doctor ARCE y le interroga, a su vez:

—¿Ganas de qué, doctor?

BASTA CON UN PAR

Exhibe bien la manera de ser de las religiosas de San Vicente de Paul, que asisten enfermos en nuestros hospitales, la siguiente anécdota:

El joven y distinguido cardiólogo Rafael ALZAMORA se aprestaba a hacer una autopsia en compañía, como es costumbre, del interno de servicio. Solicitó de la religiosa de la sala, que lo era Sor Filomena, los guantes de caucho indispensables. La religiosa trajo un par.

—Pero, madre—observó ALZAMORA, con su habitual cortesanía—; si somos dos.......

—Y qué, señor?—dijo Sor Filomena—; con un guante para cada uno me parece que basta.

DIVULGACIÓN FISIOLÓGICA

No garantizo la autenticidad de la siguiente anécdota. Más aun; me inclino a creer que se trata de una "inventada", de las muchas que los muchachos inventan a beneficio del buen humor y con detrimento de los maestros o de los camaradas; pero es ella tan donosa que no resisto a la tentación de consignarla.

Dícese que los alumnos de Odontología se habían quejado al Catedrático del curso de Fisiología en la forma siguiente.

—Doctor: nosotros no tenemos la preparación de los alumnos de medicina y no entendemos bien las explicaciones de usted. Necesitaríamos algunas clases especiales para nosotros, en que usted se haga entender mejor de nosotros.

—Tienen ustedes—les dijo el profesor—razón que les sobra. Yo les ofrezco acceder a tan justa solicitud. Vayan ustedes a la clase de mañana.

Y, al día siguiente, comenzó el profesor a explicar la fisiología de la digestión y lo hizo en los siguientes o parecidos términos:

—La digestión se descompone en varios tiempos, que voy a indicar antes de ocuparme de cada uno de ellos: el hombre toma los alimentos con las manos, *prehensión*, para los alumnos de medicina, coger o agarrar los alimentos, para los alumnos de Odontología;

los lleva, en seguida, a la *cavidad oral*, para los de medicina, boca, para los de odontología; allí se impregnan los alimentos en la *saliva*, para los de medicina, babas, para los odontólogos; después pasan por la *faringe* al *exófago*, para los de medicina, *guargüero*, para los odontólogos; pasan de allí al *estómago*, para los de medicina, *panza*, para los odontólogos; pasan, en seguida, al *intestino*, para los medicina, *tripas*, para los odontólogos, donde se convierte en *bolo fecal*, para los de medicina, *m......*, para los odontólogos......

Parece que en tal punto se interrumpió la lección.

DE LA PRACTICA CIVIL

El doctor Lino ALARCO era, ya lo hemos dicho en estas páginas, un hombre galante. En cierta oportunidad, actuando como médico de "cabecera" de un señor que había enfermado gravemente y que era esposo de una mujer encantadora, solicitó don LINO una consulta y propuso como médico consultor al doctor BECERRA.

—Bien, doctor—dijo la bella—. Tengo muchas esperanzas en el doctor BECERRA; pero tengo también mucha fe en el doctor MAÚRTUA......

—No hay inconveniente, señora—repuso don LINO—: la fe para MAÚRTUA; la esperanza para BECERRA; la caridad para mí.

***

El doctor Alarco (D. Lino) salía violentamente de la casa de un enfermo cuya esposa no contaba la discreción en el número de sus virtudes y le había ya mortificado bastante con un sin número de preguntas inútiles.

En momentos que el doctor Alarco subía a su carruaje alcanzó a escuchar la vocecilla chillona de la majadera, que le preguntaba:

—Doctor, doctor, ¿cómo le doy los huevos a mi marido?

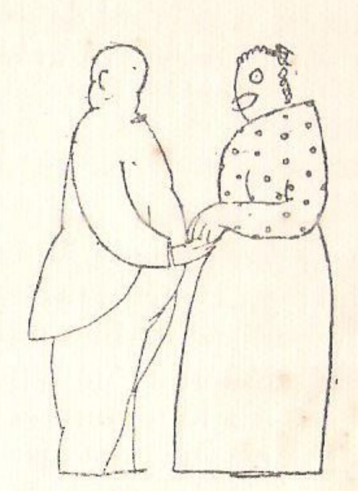
—¡Sin cáscara, señora!—gritó don Lino, al mismo tiempo que ordenaba al auriga arrancar prontamente.

* * *

Sabido es que nuestro público no fué nunca ni demasiado gentil ni demasiado correcto para con nosotros los médicos y en apoyo de esto que decimos podemos citar la noticia dada por don Ismael Portal en su "Lima de ayer y de hoy" de la costumbre de coleccionar la moneda falsa para abonar los servicios del médico. Pero no pocas veces la servidumbre era la que dividía con el médico el honorario fijado por la familia.

Una de esas criadas ladronas entregó, en cierta oportunidad, un sol de plata

al doctor Lizandro Maúrtua, quien se dió cuenta del fraude. Recibió la moneda, se la guardó y tendiendo nuevamente la mano a la criada, la dijo:



—¡Anda...... daca el otro .....!

Y la criada entregó la moneda que había ocultado.

* * *

El mismo doctor Maúrtua, que era muy bondadoso y tolerante cuando debía serlo, fué llamado a una casa y recibió como honorario también un sol de plata. Comprendiendo que en esta oportunidad no había fraude, le dijo a la criada:

—Bueno; pero mañana cambias de paso.



Un anciano, enfermo del doctor Daniel E. Lavorería, le espera una mañana con la diaria novedad a que se hallaba habituado el quejumbroso, y le dice:

—Doctor: un dedo se me ha puesto rígido.

—¡Qué raro!—comenta el doctor Lavore-

RÍA—; a la edad de usted nada se pone rígido y sólo nos espera la rigidez cadavérica.

*
* *

Le entregan al doctor HERCELLES un tumor para que indique su naturaleza; pero la entrega tiene lugar sin indicación alguna de las indispensables para llevar a cabo la investigación anatomo-patológica.

—Es lo mismo—comenta el doctor HERCELLES—que me diesen una banderilla y me preguntasen a qué ganadería perteneció el toro al que se la pusieron.

*
* *

El doctor Enrique León GARCÍA, llamado a asistir a un enfermo del pueblo, víctima de una lesión rectal, en vista del deficiente alumbrado de la habitación, pide una vela. Se la alcanzan encendida y el doctor GARCÍA, vela en mano, se acerca al lecho en el cual reposa su enfermo y llegado a él le dice:

—Voltéate.

El enfermo se vuelve lentamente

—Vamos--repite el doctor GARCÍA—, voltéate bien.

El enfermo vacila todavía para obedecer la orden del médico y volviéndose a éste, le dice, con la angustia pintada en el rostro:

—Doctorcito: si va usted a metérmela, apáguela.

*
* *

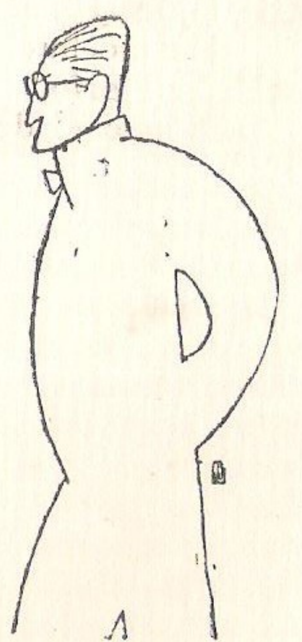
Carlos Alberto GARCÍA es llamado a prestar sus servicios profesionales a una casa. La madre del enfermo hace la obligada historia del caso:

—Desde hace varios días, doctor--dice la mujer--, mi pobre hijo depone sebo.

--Pero eso--interrumpe GARCÍA, sonriente--más que una enfermedad es una fortuna. ¡Tan caras como están las velas!

*
* *

El doctor Carlos MONGE, indicando el régimen que debía observar un enfermo suyo, de clase humilde, advierte a la familia la conveniencia de aplicarle un sinapismo en la *boca del estómago*, pensando que el empleo de este término vulgar era muy adecuado a la cultura del ambiente.



Al día siguiente, el doctor MONGE es llamado de urgencia a ver a su enfermo, que había empeorado. Al llegar cerca de su paciente le encuentra con los labios horrorosamente edematosos. Había sido en la boca que le habían aplicado el sinapismo.



El doctor Federico LEÓN y LEÓN refiere un caso en que le llevaron hecho el diagnóstico y el pronóstico y, a duras penas, le dejaron las molestias del tratamiento. Se trataba de un súbdito japonés que le presentó un bebe, hijo suyo, en los siguientes términos:

—Ese muchacho......no tiene *curo*...... Ese muchacho *jorío*.

Era un caso de impertoración del ano.

MISCELANEA

UN ANEURISMA AÓRTICO ENORME

El doctor CALONGE era un viejecillo de hermoso aspecto, de la gran barba blanca y del correcto vestir. Vivía en la calle de Mogollón, también en una "ventana de reja". Miembro de distinguida familia trujillana, vivía solo, en un estado de misantropía formidable. Murió repentinamente. Se halló el cadáver en camisa de noche, caído al pié del lecho y junto al cadáver un pomo destrozado. Examinando el cadáver se constató que en los labios existían huellas de un líquido corrosivo, por lo que, en los primeros momentos, se pensó en un suicidio. Hecha la autopsia se halló un aneurisma de volumen mayor que el corazón mismo, cuya ruptura había determinado la muerte. Y entonces pudo reconstruírse la escena. Despertado por una crisis cardiaca, el desdichado colega intentó to-

mar el sedante habitual de aquellas crisis y tomó equivocadamente el frasco que contenía el líquido corrosivo.

LA MUERTE DE PETRONIO

El más sonado de los suicidios de médicos y uno de los más sonados suicidios en Lima fué el del buen médico doctor José M. OLANO, tío del doctor Guillermo OLANO. Ocurrió el año de 1905. El doctor OLANO tenía su consultorio en una "ventana de reja" de la calle de Santa Catalina y allí fué encontrado cadáver. Estaba sentado ante su escritorio, en cuya actitud había consumado el suicidio petroniano: se había hecho una amplia incisión de la radial izquierda y había sumergido el miembro herido en una vasija conteniendo agua calentada. La hemorragia había sido formidable y la lividez del cadáver verdaderamente excepcional.

LA MUERTE DEL DOCTOR SAURI

Ricardo SAURI era, a no dudarlo, un tipo bizarro. Debió su muerte a un rasgo que pinta su carácter entero y generoso. Había sido agredido por un sujeto, al cual había logrado arrebatarle el revólver con que el enemigo intentaba matarle. Y después de castigar al enemigo, le devolvió el arma. El homicida recogió el arma y disparó de nuevo, hiriendo a SAURI mortalmente. Le atendió en sus últimos momentos el doctor FERNÁNDEZ CONCHA, cuya presencia reclamó SAURI.

TODO UN HALLAZGO

En el Hospital "Dos de Mayo", un alumno de medicina que ni había descubierto América ni había inventado la pólvora, realiza, en presencia del jefe de clínica, que lo era el doctor MOSTAJO, un tacto rectal.

El alumno prolonga la exploración con notorio disgusto del paciente.

—¿Qué toca usted?--interroga el doctor MOSTAJO

—El cuello del útero--responde el alumno.

Estupor del jefe de clínica y de los alumnos que presenciaban el examen y creo que aun del sujeto que lo había sufrido.

El doctor MOSTAJO frena sus deseos de risa y pregunta de nuevo:

—¿Qué conclusiones deduce usted de su examen?

Y el estudiante, con el mayor convencimiento:

—Que apesta, señor.

HEMOCULTIVO NUEVO

De otro alumno, medio colega del anterior en alcances, se refiere la anécdota siguiente:

Examinaba a un tuberculoso y el profesor le pedía indicar todos los medios de que haría

uso para establecer debidamente el diagnóstico. El alumno, después de larga enumeración, agregó, triunfalmente:

—Por último: ordenaría un hemocultivo del esputo.

Actitud peligrosa

En un concurso de internos, uno de los candidatos examina a un sujeto, víctima de una tuberculosis articular, y concluye su examen aconsejando inmovilizar al enfermo con la rodilla en flexión y el codo en tensión.

El examinador comenta:

—¿Para que le dé a usted una bofetada?

Nuevo empleo del Agua de Janos

Carlos Krumdieck se ve precisado, por enfermedad de su jefe de servicio, el doctor Monge, a atender a un psicópata que cree ser portador de unos bichos tan molestos como invisibles, aun al microscopio, que han tenido la mala ocurrencia de sentar sus reales en el pubis del desventurado. Agotados varios tratamientos de sugestión, Krumdieck espera un día a su enfermo, con todos los aspectos de una grandísima felicidad:

—Usted sabe--le dijo--que el Agua de Janos es un purgante enérgico. Desde hoy mismo, sin pérdida de tiempo, se va usted a hacer lociones de Agua de Janos, con el objeto de que la tomen los bichos y perezcan por enteritis.

El enfermo curó y es un panegirista del Agua de Janos.

Fórmula rara

Un error de pluma en el laboratorio del Hospital de Santa Ana hace llegar a manos de un alumno, bastante distinguido, una fórmula hemo-leucocitaria que el dicho alumno toma al pie de la letra y presenta a sus camaradas, con sincero estupor:

—¡Es un caso raro!...... ¡único en su género!...... Tiene, al mismo tiempo, polinucleósis y linfositósis.

DEL DOCTOR MARTIN DULANTO

La escena tiene lugar en la Tesorería de la Facultad de Medicina, situada, en aquel entonces, en la planta alta del edificio, en una de las habitaciones hoy ocupadas por la Biblioteca. Sentado en una poltrona, cerca del tesorero, se hallaba don Martín DULANTO, en momentos en que entró en la Tesorería el doctor COLUNGA, con su eterno jaquet negro y su no menos eterno sombrero de paño. Al saludo del doctor COLUNGA, respondió el doctor DULANTO:

—Adiós, carrocero......

—¿Carrocero?--hizo el doctor COLUNGA, tirándose de la piel del cuello con mayor intensidad de lo que tenía por costumbre inveterada.

—Claro--dijo don MARTÍN--; como que cargas un muerto.

En momentos que se hacía esta alusión a

la *menopausia* del Catedrático de Historia Natural, llegó a la Tesorería el doctor Rafael BENAVIDES, siempre muy erguido, siempre con muy vivos colores en el rostro y dando las pequeñas "pataditas" en el suelo que constituían para él un verdadero tic.

—Y tú—dijo el doctor DULANTO, dirigiéndose al recién llegado—, ¿qué te quedas oyendo?...... Mucha patadita, muy coloradito...... y como el pavo...... con el moco caído.

—¿Y tú?—preguntó, sonriendo, don RAFAEL.

—Yo—dijo don MARTÍN, con la mayor seriedad—, yo, tranviero...... Me paro en todas las esquinas.

***

Refería el doctor DULANTO a sus alumnos del curso de Higiene, que en el año de 1858, durante una epidemia de fiebre amarilla en Lima, la inhumación de cadáveres tenía lugar en forma sumaria y rapidísima, por el número considerable de cadáveres que los sepultureros debían enterrar diariamente.



Uno de esos enterradores, en momentos que arrojaba una paletada de tierra sobre un cadáver, observó que éste se incorporaba en la fosa y le decía, con voz angustiada:

—A mí no; que no estoy muerto.

—¿Quieres saber más que el médico?—le dijo el sepulturero y continuó su macabra labor.

Creemos que esta anécdota no es absolutamente original. Creemos haberla leído en alguna parte como ocurrida en España.

***

El actual decano de la Facultad de Medicina, doctor GASTAÑETA, había recibido encargo, que no podía dejar de cumplir, de procurarse un gallo finísimo de pelea, algo que saliera de lo corriente en la materia. Y pensó, con legítimo derecho, que nadie mejor que su maestro y amigo el doctor DULANTO, que gozaba fama en Lima de apasionado "gallero", podría sacarle de dificultades. Encaminóse a la casa de don Martín, que vivía en la calle de Rufas, en una vetusta mansión del patio colonial y de las amplias habitaciones.

Recibióle don Martín, arrellenado en cómoda poltrona, a cuya derecha una escupidera casi llena revelaba uno de los achaques habituales del anciano.

Dijo el doctor GASTAÑETA el objeto de su

visita. Escuchóle atentamente don Martín y, después de haberle oído, le respondió:

—¡Ay, amigo GASTAÑETA!...... Desgraciadamente, yo ya no tengo sino pollos......

Y echó un nuevo esputo en la escupidera.

***

Gustaba don Martín de aclarar, a veces hasta la exageración, los conceptos que emitía en su curso de Higiene. Refiriéndose a la acción ejercida sobre los gérmenes por la lluvia y por el viento, decía:

"Los gérmenes se hallan en el aire. Cuando llueve, las lluvia los arrastra hacía la superficie del suelo. Es decir que los microbios *bajan en bote.* Pero viene el viento y entonces los recoge de la superficie del suelo y se los lleva. Quiere decir que entonces los microbios *suben en globo.*"

***

Refiriéndose a las epidemias variólicas de Lima don Martín nos dió la clave de aquel dicho popular en nuestra capital, según el que "está en el pepinal de Ansieta" o "se fué al pepinal de Ansieta" el sujeto que dejó de vivir.

Nos refirió don Martín que era costumbre inveterada en Lima la de las inhumaciones clandestinas, con el objeto de evitar el pago de los derechos parroquiales y que era Ansieta, lugar inmediato al cementerio de Lima, al mismo tiempo que lugar preferido para tales inhumaciones, lugar de cultivo de exquisitos pepinos. Parece que a cada cosecha de los dichos pepinos y con oportunidad de la remoción de sepulturas de los variolosos, recrudecía la epidemia de viruela.

***

Examinaba don Martín a un alumno, hoy médico, respecto a alimentación infantil.

Y era don Martín tan admirable criollo que había dedicado muchas horas de su vida a la cría de gallos de lidia y que no desdeñaba de explicar a sus alumnos la técnica de confección de un *seviche* con sujeción extricta a los cánones culinarios. Porque era tan criollo, es de creerse esta anécdota que de él se refiere.

—¿Cuál es el mejor alimento del niño?—preguntó.

—La leche, señor--respondió el alumno.

—Sí; pero ¿qué leche?

—La de su madre, señor.

Y don Martín, recordando sus tiempos de *palomilla*:

—De la suya, por si acaso.

***

En examen de Higiene Privada, curso que estudiábamos en tercer año, el doctor DULANTO examinaba siguiendo el orden de su programa, en forma tal que, con un poco de maña, era posible acertar con la pregunta que debía formular.

Me tocaba examen de Higiene una noche en que el jurado funcionaba en el viejo local de la Academia de Medicina, en la calle de San Andrés y, mediante mis cálculos, vine en cuenta de que me tocaba ocuparme de "Senilidad". Di una rápida ojeada al curso de BECQUEREL, en el cual preparábamos nuestro examen, y penetré resueltamente a sufrir la prueba. Mis cálculos no fallaron y me "tocó" ocuparme de senilidad. Dije--lo mejor que pude, en conformidad con lo que había estudiado y acababa de repasar--la catástrofe que representaba la senilidad para la vida humana. Yo no sé si "se me fué la mano" en el enunciado de los tonos grises del cuadro biológico. Ello es que don Martín puso término a mi examen con las siguientes palabras:

—Poco a poco. Eso que usted dice es según los viejos. Y aún hay viejos que valen más que muchos jóvenes.

***

El cuarto examen de recepción de médico comprendía, como comprende en la actualidad, los cursos de Terapéutica, Higiene y Medicina Legal. Llegado para mí el momento de rendir aquella prueba y obtenidas de la Secretaría de la Facultad las citaciones respectivas, tropecé con el inconveniente de la enfermedad del doctor DULANTO. Al ir a entregarle su citación, me dijo que sólo podría examinarme en el caso de tener lugar el examen en su casa. Hice la gestión ante el Decanato y obtuve la autorización respectiva.

El día del examen llegué a la casa con un cuarto de hora de anticipación. Don Martín me invitó asiento, examinó mi expediente de recepción, leyó mis notas anteriores. Y hecho todo esto, comenzó a hablarme del clima de Jauja en el tratamiento de la tuberculosis. Yo había leído a ZAPATER, a ALMENARA y a EYZAGUIRRE. Y recordando todo ello, le expuse al doctor DULANTO todo aquello que yo sabía. Me escuchó con la mayor atencion y concluyó por decirme:

—Se ve que es usted estudioso.

Llegó el momento del examen y fuí colocado al extremo de una mesa cuya cabecera ocupaban el doctor DULANTO y los doctores SALAZAR (D. Tomás) y AVENDAÑO.

El sitio que yo ocupaba estaba situado entre dos gallos amarrados al pavimento, yo no sé si bravos y finos, pero seguramente de los más cantores que poseía el maestro y que parecían haberse puesto de acuerdo para co

rear mi pobre examen de Terapéutica y de Medicina Legal.

Al tocarle su turno de examinador al doctor DULANTO, fué grande y tan grande como agradable mi sorpresa al oírle decir:

—Ocúpese usted de la acción del clima de Jauja en el tratamiento de la tuberculosis.

—Vamos—pensé—; no era tan fiero el león...... Sabiendo que domino el punto, me proporciona este éxito seguro.

Y comencé a repetir ante los tres catedráticos lo que, en conversación, le había dicho a don Martín. Me dejó hablar hasta que hube agotado el tema. Y entonces, con su vocecita atiplada, me dijo:

—Todo está muy bien. Pero ha olvidado usted lo principal. Que es el ozono al que Jauja debe las propiedades admirables de su clima......

En mi conversación yo no había aludido al ozono.

MISCELANEA

SIN TRADUCCIÓN AL FRANCÉS

Uno de los compañeros más "populares" de nuestro año de estudios médicos era, a no dudarlo, Alfredo HERNÁNDEZ. De un trato muy fino, cariñoso siempre y siempre cortés, exageraba frecuentemente estas características suyas, atentando, con pecaminosa frecuencia, contra la integridad capilar de los camaradas.

Una temporada, dió HERNÁNDEZ en traducir al francés los apellidos de los compañeros de año. Entendido que a un arbitrario francés, perfectamente macarrónico y del cual damos los siguientes ejemplos: AROSEMENA se hizo *Arosemén*, DELFÍN se hizo *Delfan*, HERNÁNDEZ se hizo *Harnand*, MIRANDA se hizo *Meirand*.

Pero HERNÁNDEZ que había alcanzado todos los triunfos de sus traducciones fáciles,

halló imposible traducir al francés el apellido de un compañero, que no tenía ni tiene aspectos de francés. Se trataba del compañero MOQUILLAZA.

—Caballeros—dijo HERNÁNDEZ, simulando grandísima aflicción—, ni MOQUILLAZA ni su apellido son susceptibles de la versión francesa.

POBRE EUROPA

El Dr. José Dámaso HERRERA, alumno distinguido que había sido del Colegio de Medicina de la Independencia, en Lima, no miraba con muy buenos ojos las novedades que nos vienen de Europa y hacía partícipes de esta misma prevención a los médicos europeos o nacionales procedentes de Europa.

Una tarde, el Dr. HERRERA fué a avisar al Dr. HEREDIA en el preciso momento en que éste recibía la visita de ULLOA y de algunos compañeros de éste, enviados a perfeccionar sus conocimientos médicos en el Viejo Mundo por cuenta y riesgo del generoso fundador de la Facultad de Medicina, y que, en aquella oportunidad, le hacían la primera visita.

El Dr. HEREDIA se apresuró a presentar sus discípulos al Dr. HERRERA, quien se gastaba ese día un humorcillo endiantrado. A las palabras de presentación del Dr. HEREDIA, dijo:

—Muy bien, muy bien...... De modo que ustedes acaban de llegar de Europa.

--Así es, doctor--respondió ULLOA.

--Ya han aprendido a curar la tisis?

--No, doctor.

--¿Y el cancer?

--No, doctor.

--Pues miren ustedes--dijo el Dr. HERRERA, cogiendo su sombrero--: no vale la pena de ir a Europa.

Saludó a HEREDIA y se marchó precipitadamente.

UNA IDEA PROPIA

El Dr. José EBOLI, uno de los introductores de la enseñanza de la Química en el Perú, no gozó entre nosotros la reputación de que debió gozar dada la amplitud considerable de sus conocimientos, que le merecía concepto de sabio a sabio de la talla del Dr. Juan COPELLO.

Tenía el Dr. EBOLI un hijo, y parece que este hijo era un frenasténico, circunstancia que no era un misterio para el desventurado padre.

Un día, el hijo de marras compareció ante el autor de sus días, con el más lisonjero de los aspectos, con cara reveladora de una satisfacción muy grande. Le hizo el anuncio de una nueva muy interesante, de un verdadero descubrimiento. El doctor EBOLI, temeroso de un trastorno mental del vástago, se apresuró a decirle:

—Bueno, bueno. Concluye de una vez. ¿De qué se trata?

—¿Sabes, papá? No hay Dios.

Sonrió tristemente el doctor EBOLI y, al referir el hecho a sus amigos, hacía, en su expresión mitad italiana mitad castellana, el siguiente comentario:

—Esta puede ser una *bestialitá*; ma e una *idea propria*.

La pizarra médica

El teléfono de los médicos es una adquisición relativamente moderna en Lima, en cuanto a su generalización. Y esta generalización ha dado muerte a la pizarrilla que existía en la puerta de los consultorios, con el objeto de que los clientes inscribieran en ellas la dirección y el nombre de la familia que solicitaba los servicios del médico. Algunos médicos usaban, además de estas pizarrillas, un pequeño buzón, destinado a depositar las «llamadas» que ya iban escritas y muchas veces enviadas con algun criado analfabeto.

Hay el derecho de creer que en aquellos tiempos había un gran respeto por la profesión y que no era frecuente el abuso de tales pizarrillas o buzones para anotar en las primeras o depositar en los segundos «falsas» llamadas del médico. Pero cabe sospechar que tal abuso a que hacemos referencia entró

por mucho en la supresión de tales adminículos, que tanto se prestaban al abuso de ociosos y entretenidos.

Uno de mis amigos de colegio, médico hoy, jugó, merced a las pizarrillas dichas, una mala partida a la familia PFLUCKER, domiciliada en la calle de la Caridad por los años de 1894. Habiendo tenido un disgusto con uno de los hermanos PFLUCKER, y en su deseo de venganza, tuvo la paciencia de recorrer ocho o diez consultorios de los mejores médicos de Lima, de los «que tenían coche» y citar a los dichos profesionales a una junta que debía realizarse a las 9 de la mañana del día siguiente. A la hora indicada comenzó el desfile de médicos, con la correspondiente sorpresa de la familia y con el correspondiente desagrado de los invitados a la junta.

El teléfono no nos ha libertado de estas bromas de mal gusto, obra muchas veces de verdaderos enfermos de Asilo. He sido llamado una vez a un barrio apartado del Callao; he concurrido solícitamente, dada la urgencia con que se me reclamaba, y me he dado con una carpintería de japoneses que ni siquiera sospechaban la existencia de un doctor VALDIZÁN.

Chocolate sólo

El doctor José Dámaso HERRERA era padre de muy hermosas hijas; pero, educado a

la manera como educaban nuestros abuelos, era de una enorme severidad para con ellas y muy celoso tratándose de las personas que frecuentaban su casa.

Un día invitó el doctor HERRERA a un farmacéutico, amigo suyo, a tomar una taza de chocolate y le llevó, con tal objeto, a su casa. Instalados en el consultorio, la criada trajo la lujosa bandeja portadora de las tazas de la aromática bebida y de las riquísimas tostadas.

Por motivos que la tradición no conserva, el doctor HERRERA debió salir de la habitación por breves momentos, que fueron bastantes para que el farmacéutico, que era muy del ojo alegre y que lo es aún, a despecho de sus muchos años, se atreviera a atisbar, por una de las mamparas, hacia la habitación vecina, en la que se hallaba la familia del excelente médico.

El doctor HERRERA sorprendió al indiscreto observador y tomándole por las solapas de la americana, le hizo sentarse en torno a la mesa en que se hallaba el chocolate.

—Amigo mío--le dijo el médico--, le he invitado a usted a tomar una taza de chocolate y nada más que una taza de chocolate.

Refiere el farmacéutico que nunca bebió un chocolate más caliente ni con mayor brevedad. No había tomado el último sorbo cuando el doctor HERRERA le alcanzaba su

sombrero y le abría las puertas de su consultorio.

Consultas de Botica

No conocemos la epoca precisa en que se establecieron en Lima las consultas médicas en las Boticas; pero sí sabemos que ellas eran muy anteriores al establecimiento de la Facultad de Medicina de Lima, en 1856. Hacia esta epoca los médicos más celebrados de Lima tenían verdaderas tertulias en algunos establecimientos farmacéuticos. En la "Botica Francesa" de DUPEYRON, en la calle de Mercaderes, se reunían el doctor Manuel ODRIOZOLA y varios de sus más celebrados compañeros de Facultad.

El doctor King

El doctor KING fué propietario de un bar, en la calle de Desamparados, en el cual expendía un "Bitter de Coca" al cual atribuía virtudes estomáquicas superlativas y en cuyo "réclame" usaba anuncios muy originales.

El doctor licorista tuvo una muerte trágica: Cierto día, ginete en el caballo entonces reglamentario para los profesionales, pretendía atravezar el Puente de BALTA, al mismo tiempo que, en dirección opuesta, avanzaba un toro de lidia. El doctor KING bajóse de su caballo y, con el objeto de libertarse de la acometida inminente del bicho, se colocó del

otro lado de la baranda del puente. Hízolo con muy poca suerte, pues el toro fué a embestirle y uno de los cuernos le hirió en la mano derecha. Soltóse de ambas manos y cayó al río, pereciendo ahogado.

DON TOMAS SALAZAR

Hemos hecho, en otra oportunidad, la biografía del doctor Tomás SALAZAR, quien aunaba a una excelente preparación profesional, condiciones de bondad verdaderamente excepcionales. Vamos a complementar aquella información refiriendo las siguientes anécdotas del querido y malogrado maestro:

Fué don Tomás SALAZAR el único médico que aprendió el idioma quechua con el objeto de mejor atender a sus enfermos de raza india en el Hospital Militar de San Bartolomé.

Cuando en el Hospital "Dos de Mayo" se realizaba en vasta escala el aprendizaje del japonés; cuando Ricardo SAURI escribía el primer vocabulario japonés-castellano de que tuvimos noticia, pensamos muchísimo en el mérito del Dr. SALAZAR y en la manera suya de

contemplar el ejercicio de la profesión. Fué en el externado del Dr. SALAZAR que nosotros aprendimos ciertas preguntas clínicas en el idioma de Manco. El *Yargasunquichu*, el *Ujunquichu*, el *Ispaiquichu*, fueron vocablos de ese idioma a cuyo empleo nos habituó el Dr. SALAZAR.

El Dr. SALAZAR era tan cumplidor de sus deberes, que creía uno de ellos llenar las casillas de los recetarios dedicadas a la alimentación, casillas que, en los otros servicios hospitalarios, sólo servían para anotar una que otra indicación dietética muy importante. Y era tanta la buena fe del Dr. SALAZAR, que creía que las hijas de San Vicente de Paul cumplían extrictamente todas sus prescripciones. Realizando la visita era frecuente oír indicaciones como las siguientes:



—¿Qué quieres? ¿Quieres gallinita? Bueno. Joven (dirigiéndose al externo), póngale usted gallina......

Y se apuntaba aquella gallina que las religiosas no daban sino en las grandes solemnidades.

Era muy piadoso el Dr. SALAZAR, y lo era tanto que, en su deseo de contribuír al buen éxito de los exámenes de sus alumnos, comulgaba por ellos el día que debía tener lugar el examen.

Pero esto no quitaba que, llegada la hora del examen, calificase con la más absolnta justicia.

Desempeñaba yo el externado del Dr. SALAZAR en el Hospital de San Bartolomé, en aquel servicio monstruo, de cien camas, que era el "Crncero" y debía dar examen de Terapéutica con el Dr. SALAZAR. El día del examen, en la mañana, me dijo el Dr. SALAZAR que yo estuviese tranquilo; que él había comulgado por mí y que, seguramente, Dios me daría un buen éxito en la prueba. Agradecí muy mucho aquella manifestación de afecto y entré a examen con una cierta confianza, que aumentó al escuchar la pregunta que me hacía el profesor:

—Sangría.

Yo estuve bastante bien en la exposición general de la técnica y de las indicaciones de la sangría; pero mi catástrofe estaba reservada a mi examen de "sangría local" o sea de la aplicación de las sanguijuelas.

—¿Cuántas sanguijuelas aplica usted en la neumonía?

Yo calculé las dimensiones de la región y contesté:

—Doce o catorce, doctor.

—Dieciocho, joven.

—¿Cuántas aplica usted en la orquitis?

Hice un calculo semejante al ya hecho y dije:

—Cuatro o seis, doctor.

—Ocho, joven.

El examen continuó exactamente en la misma forma, sin conseguir, por mi parte, un solo acierto. Todas mis aproximaciones resultaron equivocadas.

Al día siguiente, en el Hospital, el doctor SALAZAR me dijo, con la mayor pena pintada en el rostro:

—¡Se había usted olvidado de las sanguijuelas, joven!

El año de 1910, el doctor Carlos VILLARÁN solicitó y obtuvo de la Facultad de Medicina autorización para dictar un curso de Cirugía Experimental.

El doctor SALAZAR pidió que fuese obligatoria en dicho curso la anestesia de los animales en quienes debían realizarse las diversas operaciones quirúrgicas.

Tuve yo, en el servicio del Dr. SALAZAR, un interno perfectamente original, sujeto que ha continuado siéndolo a despecho de los años vividos, y que, seguramente, será un original hasta la epoca de su fallecimiento, que ojalá ocurra muy tardíamente.

Un día, el doctor SALAZAR sorprendió a mi interno mirando fijamente las vigas del techo en tanto que pasábamos la visita. El doctor se apresuró a preguntarme, en voz baja:

—¿Qué le pasa al joven?

Y yo no tuve otra respuesta a la mano que la de decirle:

—Es un histérico, doctor.

Con la mayor buena fe del mundo aceptó el doctor SALAZAR mi diagnóstico y desde aquel día, cada vez que sorprendía a mi amigo en actitud semejante, me guiñaba un ojo y me decía en voz muy bajita:

—Vea usted al histérico. ¡Pobrecito!

El doctor SALAZAR ayudaba, en una intervención quirúrgica a cirujano poco experto que había cogido en una pinza el ciático en vez de cojer un vaso.

—Doctor—objetó "don Tomás"—, suelto el nervio......

—No es el nervio, doctor—contestó el cirujano—; es la arteria.

—No, doctor—insistió—, es el nervio.

—Le digo a usted que no.

—Bueno—dijo el doctor SALAZAR, resueltamente—, si usted no suelta el ciático, me voy......

Y el cirujano debió soltar el ciático.

EXAMENES Y EXAMINADORES

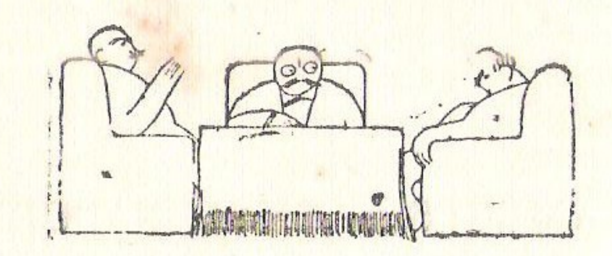
En el incesante cambio de cosas a que hemos asistido los médicos educados en San Fernando hace unos veinte años, no han sido los exámenes de fin de año aquellos que mayor mudanza ofrecen. Los jurados han evolucionado de la dureza máxima hacia la máxima dulzura, tal vez sin percibir debidamente los detalles de su evolución.

No eran muchos de los examinadores de aquel entonces pródigos en facilitar al alumno la más acertada respuesta a las preguntas formuladas o empeñosos en evitar la inhibición del examinando. Los había que formulaban la pregunta en la siguiente forma:

—Vamos a ver si es usted capaz de ocuparse de la cuestión tal.

Y los había, asimismo, que interrogaban así:

—El alumno que le ha precedido a usted en el examen no ha podido ocuparse de la cuestión tal. Veamos si es usted más afortunado.



Vivía, en mi época de estudiante, vida de tradición entre nosotros, el verdadero lazo que tendía a sus alumnos el doctor HERMOZA al interrogarles en la siguiente forma:

—¿De qué color es la sal equis? ¿Es blanca o es azul?

El alumno, aun sabiendo que la sal equis era negra, caía en el lazo y escogía al azar:

—Señor: es blanca

—No, señor

—Señor: es azul

—No, señor; ni blanca ni azul: es negra.

—Verdad que este sistema ponía en evidencia las convicciones del alumno; pero verdad también que el momento del examen no es el más apropiado para exhibir tranquilamente convicciones.

El hecho de estas formas de examen explica los verdaderos traumatismos que ellos

provocaban en los alumnos. Uno de mis compañeros de año, Augusto BELAÚNDE, fallecido a causa de una epidemia que el Gobierno le envió a combatir a provincias, fué víctima ostensible de estos traumatismos. Salió reprobado con la nota de 3. Era tal su ofuscación, que creyó que uno de los cuatro catedráticos se había olvidado de calificarle. Y nos costó trabajo, y no poco, convencerle de la calidad promedial de la nota y evitar que se presentase ante el jurado a reclamar la pretendida omisión.

Ese mismo año, fué pregunta que causó no pocas víctimas, una formulada por el doctor COLUNGA:

—Establezca usted las diferencias entre el piojo y la ladilla.

La pregunta no tardó en popularizarse entre las víctimas y, merced a esta popularidad y a la de la *verdadera* respuesta, se salvaron no pocos alumnos al siguiente año.

Ese mismo año, a un compañero nuestro, el señor DEMARINI, que renunció a los estudios médicos, le preguntaron: —Curare?—, y el solo nombre le curarizó por entero: tal fué su espanto al escuchar, por la vez primera en su vida, la tremenda palabra desconocida.

También ese año, un compañero, al cual pretendió auxiliar el doctor COLUNGA, tuvo una respuesta que ha quedado tradicional. Se trataba de la chinche.

—El género—le dijo bondadosamente el doctor COLUNGA—es *Cimex*. Recuerde la especie.

El alumno recurrió a los mil expedientes a que recurrimos los alumnos cuando no sabemos la pregunta: miró, alternativamente, al techo de la habitación, al suelo, a las paredes, a los examinadores. De pronto, creyendo que su ángel bueno le sugería una respuesta salvadora y pensando que las chinches se hallan con frecuencia en los catres, contestó triunfalmente:

--Ah!......, sí, señor: el nombre de la chinche es *Cimex catris*.

El doctor COLUNGA, que reía pocas veces, rió aquella; pero el alumno fué reprobado por olvido del *lectualrius*.

Y vayan ahora algunas preguntas y respuestas de examen que nos han sido referidas por personas dignas de todo crédito:

En el examen de Obstetricia, el catedrático, que vive, y sea por muchos años, desea facilitar la respuesta a la alumna:

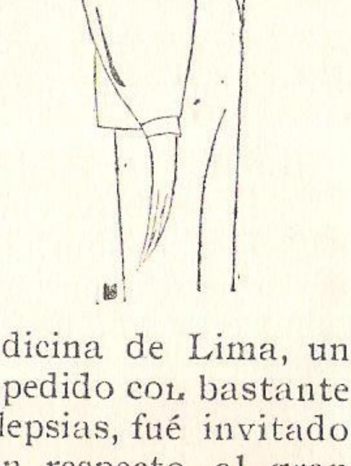
—Bueno, señorita; ya tiene usted el semen en el útero......

Gran turbación de la examinanda y grande extrañeza del profesor, que no se explicaba semejante turbación:

—Le repito a usted que ya tiene usted el semen en el útero......

La sonrisa de los compañeros de jurado advirtió al profesor de Obstetricia los motivos de la turbación de la alumna.

Examina el doctor LAVORERÍA a un alumno de Odontología:



—¿Puede usted decirme dónde están las yemas del gusto?

El alumno, después de brevísima vacilación:

—En la vagina, señor doctor.

Examinando yo, por la segunda vez, el curso de enfermedades nerviosas y mentales en la Facultad de Medicina de Lima, un alumno que se había expedido con bastante lucidez respecto a las epilepsias, fué invitado a ampliar su exposición respecto al gran mal:

—El grito epiléptico—dijo triunfalmente—es de tal naturaleza, que hasta los perros salen corriendo al oírlo.

Afortunadamente mis compañeros de jurado se hallaban distraídos y me fué posible

poner término al examen manifestándole al alumno:

—Eso...... cuando los perros están cerca del epiléptico...... y son nerviosos.

En el examen de 1922, en el curso de Anatomía Topográfica:

—Ocúpese usted de localizaciones cerebrales.

—Señor: es indispensable y de mucha importancia conocer las localizaciones cerebrales, porque sólo así es posible darse cuenta de los síntomas que ofrecen las enfermedades de órgano de tanta importancia.

—Así es. Prosiga usted.

—Sí, señor; pero le agradecería se sirviese cambiarme la pregunta.

En un examen de Anatomía Descriptiva:

—El cerebro es no sólo el órgano más noble del organismo humano, sino que tiene diámetros mucho mayores que aquellos de la cavidad craneana dentro de la cual se encuentra.

El alumno había querido referirse a la superficie del encéfalo en un hipotético desdoblamiento.

El mismo alumno respondía al examen de Histología que le tomaba el doctor GASTAÑETA. Como éste se diera cuenta de las perplejidades del alumno, acudió en su ayuda, diciéndole:

—Recuerde usted que estas células terminan en prolongaciones semejantes a una horquilla. ¿De cuántas prolongaciones estarán provistas?

—De tres prolongaciones, señor.

El doctor José María ROMERO gozaba fama de examinador bondadoso.

En cierta oportunidad, no sé si en la Facultad de Ciencias, de la cual fué cumplido catedrático y excelente Decano, o en la Facultad de Medicina, preguntó a un alumno cuál era el tamaño del elefante. El alumno que, probablemente, no había visto en su vida un elefante o, si lo había visto, se habría olvidado de sus dimensiones, aseguró que el elefante tenía un metro de talla.

—Muy bien—le dijo, sonriente, el doctor ROMERO—, eso es cuando nace; pero ¿cuando ha llegado a su perfecto desarrollo?

Del mismo doctor ROMERO se cuenta la siguiente:

Se examinaba en Botánica a un alumno, y éste parecía no dominar los puntos materia de examen; pero contaba con la benevolencia de uno de los catedráticos miembros del jurado examinador, el cual, valiéndose de señales, auxiliaba a su protegido. Interroga-

do el alumno respecto a cierta planta y respecto a la familia a la cual pertenecía, el catedrático que "soplaba" hizo con sus dedos el signo de la cruz, y el alumno pudo asegurar que tal planta pertenecía a la familia de las crucíferas. Así continuó el examen, dándose cuenta el doctor ROMERO de la colaboración que aportaba su compañero de jurado. De pronto preguntó el doctor ROMERO por una planta que el catedrático que "soplaba" tampoco sabía a qué familia pertenecía.

—Si su amigo de usted—dijo el doctor ROMERO—hubiese sabido a qué familia pertenecía esta planta, se hubiese acariciado las carótidas.

Se trataba de una carotídea.



Otra más del doctor ROMERO:

—¿Cómo termina el pene en el hombre?

—En punta, doctor.

—Sí, pero en punta roma. Verdad?

Y una última del mismo doctor ROMERO:

—¿Por dónde se hace el alumbramiento?

Después de no leve vacilación, responde el alumno:

—Por la uretra, doctor.

El doctor ROMERO se queda contemplando al alumno. Y luego, aproximándose a él, procurando no ser oído de sus compañeros de jurado, le dice:

—Tal vez a usted le *mearon*. Lo que es a mí, me *parieron*.

Los doctores GASTAÑETA, LAVORERÍA y demás compañeros del mismo año, recuerdan las respuestas, verdaderamente clásicas, dadas en examen por un estudiante de Medicina, verdadero tipo de "médico a palos", ya que estudiaba, más que por vocación, por no contradecir la prescripción materna.

Este estudiante, más conocido por sus compañeros con el mote de "Cabo", en el examen de admisión que se daba antiguamente para el ingreso a la Universidad, fué interrogado respecto a la *guerra de cien años*.

—Ah, señor—respondió "Cabo"—, aquello fué tremendo: heridos por aquí, heridos por allá, muertos por todas partes. Aquello fué tan tremendo, que mejor es no recordarlo......

La respuesta no es absolutamente original, pero ella fué dada por "Cabo" a los severos maestros de San Marcos.

Otra del mismo sujeto e idénticamente poco original es la respuesta que dió al doctor COLUNGA, que le interrogaba respecto a los cetáceos.

Parece que "Cabo" no tenía noticia de la existencia de los cetáceos y, lógico con esta ignorancia suya, se mantuvo en el más religioso silencio. El doctor COLUNGA, que se dió cuenta de la ignorancia del alumno, le dijo:

—Vaya......, cite usted un ejemplo de cetáceo.

Los compañeros del estudiante, desde la puerta de la sala de examen, lograron "soplarle": —La Ballena.

El doctor COLUNGA percibió el nombre antes que "Cabo"; de modo que sonrió socarronamente cuando éste le dijo:

—Una ballena, señor.

—Bueno, muy bien. Cite usted otro cetáceo.

—Otra ballena, señor.

Otra vez, el mismo alumno y ante el mismo profesor y en el examen del mismo curso:

—Un ejemplo de anfibio. Usted sabe que se trata de animales que viven en la tierra, en el agua .....

—Sí, señor. Por ejemplo: un pato.

Más que gordo, era obeso el doctor Manuel A. MUÑIZ, catedrático de Física Médica

en la Facultad de Medicina y alienista, autor del proyecto de Manicomio Nacional que fué el verdadero origen del actual Asilo Colonia "Víctor Larco Herrera". Era de gordura tal, que le costaba trabajo, y no pequeño, subir al coche en el cual hacía sus visitas profesionales.

En un examen de primer año de Medicina, por demora del doctor COLUNGA, catedrático de Historia Natural, le cupo en suerte al doctor MUÑIZ examinar en esta materia a un alumno al cual le sobraba en audacia—que era muchísima—todo aquello que le faltaba en estatura, que era asaz menguada.

—Ocúpese usted—le dijo el doctor MUÑIZ—de un animal.

—Me ocuparé del chancho—dijo malévolamente el alumno.

Se congestionó el rostro del doctor MUÑIZ; pero esta reacción de enojo fué pasajera.

—Bien—repuso—, ocúpese usted del chancho.

El alumno se expidió con la mayor corrección.

—Perfectamente—comentó el doctor MUÑIZ—. Ahora ocúpese usted del piojo.

RELACION DE UN GRAVISIMO ESCANDALO MEDICO EN LIMA

El mes de noviembre del año de 1904, un buen día, los diarios de la capital ofrecían en sus columnas una información que causó las más graves alarmas: se trataba del relato de un crimen espantoso, realizado, probablemente, por unos asiáticos que tenían establecida una fonda en la calle de La Toma.

La lectura de aquellas informaciones produjo verdadero pánico en la ciudad y los diarios, haciéndose eco de esta impresión penosa, reclamaron la más severa sanción para quienes resultasen culpables de una forma de delincuencia que se presentaba como perfectamente exótica.

El hecho, despojado de la fantasía reporteril de la época, era el siguiente:

Los carreteros de la baja policía al recoger la basura que había sido arrojada a la

calle de La Toma, frente a frente de una fonda de chinos, habían constatado, con el estupor que es de suponerse, que entre los desperdicios aquellos yacía una cabeza humana. Se apresuraron los carreteros a dar noticia del fúnebre hallazgo a la policía y ésta procedió a sus esclarecimientos.

La circunstancia de haber sido hallada la dicha cabeza frente a frente de una fonda de asiáticos hizo sospechar a nuestros criollos Sherlok HOLMES la complicidad de los tales chinos y les hizo formular la hipótesis de haber servido dicha cabeza a los chinos para la preparación de sus comidas baratas. Establecida esta hipótesis procedía perfectamente la detención de los sospechosos; así se hizo. A despecho de sus protestas, los desventurados chinos fueron conducidos a la comisaría del Cuartel 1°. con el objeto de llevar a cabo las pesquizas del caso.

Los diarios dieron cuenta de estas medidas policiales, al mismo tiempo que completaban los detalles de su información, manifestando la posibilidad de que la cabeza humana hallada hubiese sido sometida a una cocción con finalidad culinaria.

Sólo dos días después de realizado el hallazgo fúnebre, el doctor Wenceslao SALAZAR, en aquel entonces médico de policía, puso término a las alarmas de la ciudad, declarando que la dicha cabeza era propiedad del Anfiteatro Anatómico, de cuyas colecciones había sido substraída, probablemente, por algún alumno de Medicina.

Ahora, 19 años después de aquellos hechos, doy la explicación de ellos:

Había llegado el mes de noviembre de 1904, mes de "aprietos" para los estudiantes de Medicina que, en muchos casos, realizaron titánicos esfuerzos para procurar en ese mes reparar las omisiones de preparación del resto del año. Tres alumnos del segundo año de Medicina, don Javier VALERA, don Luis G. TAPIA y don Hermilio VALDIZÁN, en nuestro deseo de hacer un repaso serio de Anatomía Descriptiva, solicitamos permiso de la autoridad respectiva para frecuentar el Anfiteatro durante dicho mes y aprovechar las piezas preparadas y algunas más que nos fuese posible obtener en los hospitales. Nos fué negado el permiso y nos fué negada, asimismo, la licencia para llevar a nuestras casas algunas piezas de las colecciones del Anfiteatro. Comprendiendo la imposibilidad de estudiar teóricamente ciertos capítulos del curso, decidimos improvisar en casa de uno de nosotros, en la que ocupaba TAPIA, en la calle de Afligidos, un pequeño anfiteatro. Necesitábamos varios encéfalos y nos los proporcionamos en el Hospital "Dos de Mayo"; necesitábamos estudiar cara y cuello, y entonces recurrimos

a "Pajarito", el querido e inolvidable viejo, a quien le hicimos todo género de promesas y juramentos para que nos proporcionase prestado un hermoso ejemplar. Validos del cariño que el pobre Eugenio nos tenía, conseguimos nuestro objeto. Y una vez obtenido éste, adquiridas que fueron unas latas vacías de kerosene, colocamos en ellas, dentro de la tradicional solución formolada, las piezas de nuestro pequeño anfiteatro.

El repaso fué formidable: teníamos a nuestra disposición todo lo que necesitábamos y nos considerábamos, con cierta razón, camino de una preparación brillante; pero no hay ventura eterna en la tierra y de ello tuvimos prueba en la necesidad urgente en que nos hallamos de clausurar rápidamente el anfiteatro: Una tarde, en momento que uno de nosotros daba un paso suntuoso respecto a hemisferios cerebrales, un criado le anunció a TAPIA que se aproximaba a la casa la "visita domiciliaria".

Esta "visita domiciliaria" tenía por objeto inspeccionar el estado higiénico de las habitaciones, y el personal que la realizaba imponía multas de cierta magnitud a aquellas casas cuyos inquilinos no cumplían con los preceptos elementales de la higiene. La medida obedecía a los progresos alcanzados por la peste bubónica, que hacía de las suyas en Lima.

Al anuncio de la "visita domiciliaria", perdimos la "chaveta", como se dice vulgarmente. Pensamos en la denuncia que la dicha visita haría de nuestro anfiteatro clandestino; pensamos en la multa que nos sería impuesta y que nosotros seríamos incapaces de pagar. Pensamos en una serie de cosas desagradables. Y debiendo actuar con rapidez, pensamos en arrojar al Rímac, que tan próximo se halla a la calle de Afligidos, aquellas piezas anatómicas de cuya conservación estábamos orgullosos. Un breve sorteo adjudicó a cada uno de nosotros tres un "lote": a mí me tocaron varios cortes de cerebro, que envolví en un periódico; a TAPIA otros tantos, y "la cabeza" la tocó a Javier VALERA. Salimos de la casa temblando de miedo de ser sorprendidos en esta translación. Creíamos que todo el mundo reparaba en nuestros paquetes y pensamos que el primer inspector de policía nos iba a obligar a descubrir estos paquetes y nos iba a remitir a una comisaría.

Todo fué perfectamente bien. TAPIA y yo avanzamos hasta el puente de La Palma y allí arrojamos nuestros paquetes respectivos. Javier VALERA, en su deseo de deshacerse cuanto antes del paquete de cuya conducción había sido encargado, optó por abandonarlo en el descanso de una escalera de casa situada precisamente frente a frente de la fonda de los chinos mencionados.

TAPIA y yo tomamos muy a mal la actitud de VALERA y aun pretendimos que volviera a recoger el paquete y arrojarlo al río, como lo habíamos hecho nosotros. Pero nos fué imposible obtener reparo al daño ya hecho y el paquete se quedó allí donde VALERA lo había abandonado.

Al día siguiente tenía lugar el escándalo con cuyo relato sumario hemos dado comienzo a esta croniquilla. Dudo mucho que alguna vez secreto alguno haya sido mejor guardado que lo fué aquel. Nosotros no nos atrevíamos a referir nuestra participación y sólo la hemos referido cuando el tiempo, que tanto se lleva y tanto nos quita, nos ha obligado a evocar aquellos días ya lejanos en que el amor a la Anatomía nos obligaba a asumir las actitudes que asumimos y en que el temor de una multa nos hizo renunciar al lujo de un anfiteatro a domicilio.

He lamentado muchas veces, y seguramente VALERA y TAPIA habrán hecho otro tanto, el mal rato que por culpa nuestra pasaron los chinitos fonderos de la calle de La Toma; pero he pensado no pocas veces en que nuestro egoísmo tuvo igual en el egoísmo de aquella familia en la escalera de cuya casa depositó VALERA el fúnebre paquete, familia que pudo decir, como pudimos decirlo nosotros, que los desventurados chinitos eran perfecta y absolutamente inocentes.

MISCELANEA

AVENTURA TOCOLÓGICA

Al doctor Rafael BENAVIDES viene atribuído un episodio profesional que podríamos llamar de "capa y espada", pues parece arrancado a las páginas de los viejos folletines narradores de las malandanzas de dueñas y rodrigones.

Dícese que una madrugada llamaron a la puerta de la casa del ilustre partero y que un caballero, que había descendido de un carruaje de alquiler, solicitó urgentemente hablar con el doctor BENAVIDES. En presencia de éste y cubierto el rostro por un antifaz, le suplicó, por su honor, acompañarle, vendados los ojos, a asistir un alumbramiento que debía permanecer en el misterio. En la actitud del enmascarado, en sus palabras, en todo, se adivinaba al caballero víctima de una situación angustiosa. Creyólo así el doctor BENA-

VIDES, y aceptó. Se dejó vendar los ojos, instalar en el carruaje, y sintió el movimiento de éste al deslizarse sobre el pavimento.

En un principio, don Rafael procuró orientarse respecto a la dirección que llevaban; pero fué tal el número de vueltas que dió el vehículo que perdió por completo su orientación. A la media hora de viaje se detuvo el carruaje y el enmascarado le invitó a bajar, tomándole con delicadeza suma por las manos y ayudándole eficazmente. Así avanzó el doctor BENAVIDES hasta una habitación en la cual prestó sus servicios obstétricos a una dama de la cual sólo pudo saber que era una primípara de raza blanca y de alta condición a juzgar por los diversos detalles de la alcoba en que el alumbramiento debía tener lugar. No le quedaba al partero eminente ningún recurso para salir de su situación extraña; ya que alguien se había tomado la molestia de poner a su alcance todo aquello que pudiese necesitar para mejor llevar a cabo su auxilio tocológico. Terminó su obra, en la forma brillante en que él sabía hacer aquellas cosas, y manifestó al enmascarado, que le esperaba de pie a la puerta de la habitación, que había cumplido su misión. El enmascarado le vendó de nuevo, le acompañó hasta el carruaje y, dentro de éste, hasta su domicilio. El enmascarado, al despedirse, le estrechó cordialmente la mano y depositó a los pies del doctor BENAVIDES la suma, entonces señoril, de dos mil soles de plata.

LA PROCESIÓN DE ÁNIMAS

En Huánuco vive vida de leyenda lo ocurrido a un médico inglés, que formó hogar en aquella ciudad: el doctor MULGREW. Se dice que una noche, en que regresaba muy cerca de las 12 a la hacienda "Cashapata", fué detenido por una procesión de ánimas y debió asistir, con el espanto que es de concebirse, al desfile de los esqueletos vestidos de fraile que formaban el cortejo.

UNA PASADA DE «PAJARITO»

Eugenio VARELA, el justamente célebre "Pajarito", se consideraba un dueño absoluto del Anfiteatro Anatómico. Y como tal quería que le hubiesen todos los que algo tenían que ver con el instituto. Así, pues, en llegando el mes de noviembre, si algún estudiante deseaba estudiar por las noches o disecar a horas extraoficiales, necesita ponerse al habla con "Pajarito" que, mediante una congrua propina, concedía el solicitado permiso y aun hacía el obsequio de algunos consejos y recomendaciones.

Burlador de esta autoridad de "Pajarito", un estudiante del segundo año había dado en la pésima costumbre de forzar una de las ventanas y penetrar en el Anfiteatro y ha.

cer sus disecciones, sin permiso del conserje. Lo supo éste y se propuso castigar la osadía.

Una tarde, "Pajarito" comenzó a amontonar las latas vacías de formol en lo que ahora es el Paraninfo del Anfiteatro y era entonces un verdadero corral, en el cual VARELA hacía sus preparaciones de huesos, que desarticulaba prolijamente. Y al retirarse encerró en el mismo corral a una mula potrosa que era la que halaba la carroza en que se conducía los cadáveres para la clase de Anatomía.

A las 10 de la noche, cuando supuso que el burlador se hallaba más entusiasta en el estudio de su región, penetró "Pajarito" en el Anfiteatro, sin ser sentido. Avanzó lentamente y pudo ver que el burlador trabajaba con ahinco, a la luz de una vela que había colocado cerca de la mesa de disección.

Fué entonces que "Pajarito", al mismo tiempo que echaba a rodar de un solo golpe todas las latas vacías de formol, le daba una gran palmada en los lomos a la mula potrosa. El ruido fué horroroso. Y el disector intruso emprendió la más vertiginosa de las carreras que "Pajarito" presenció en vida suya.

MEDICOS Y TOREROS

Es tradicional la afición de los médicos de Lima por las corridas de toros y lo es tanto que, durante la temporada taurina, en tarde de corrida, es en nuestra vieja Plaza de Acho que debe buscarse médico que pueda atender algún caso de urgencia. Y los médicos que no son aficionados a toros pueden contarse con los dedos de las manos. Entendido que sobrarán dedos al hacer la cuenta.

Algunos de nuestros médicos más distinguidos han llevado su afición taurina al extremo de habérselas con reses bravas, en algunas "haciendas", y de expedirse con algo más que corrección. Al número de estos médicos pertenecen los doctores Guillermo GASTAÑETA, Francisco GRAÑA y Augusto LUNA, que, en plena juventud, lidiaron reses bravas de tres años de edad. Parece también que el doctor Ricardo PAZOS VARELA cultivó algu-

na vez, y con éxito, la llamada "suerte nacional" del toreo a caballo.

El doctor Lino ALARCO era un aficionado a toros que tenía puesto especial en el tendido, en una silla inmediata al palco municipal, puesto qne, a la muerte del gran cirujano, ocupó otro distinguido aficionado, el doctor Santiago ACUÑA, el notable partero.

Sabido es que Francisco GRAÑA representa para las gentes de coleta casi una verdadera institución, por el sinnúmero de bondades que a la inmensa mayoría de ellos les ha dispensado, atendiéndoles generosamente en sus enfermedades y accidentes y constituyendo para muchos de ellos una verdádera providencia.

Entre los pocos médicos no aficionados a toros se cuenta el excelente pediatra Enrique León GARCÍA, quien refiere una anécdota debida a su analfabetismo tauromaco. Había oído hablar tanto de BELMONTE y había leído tanto escrito en torno a la figura del gran trianero, que una buena tarde de la segunda temporada que hacía BELMONTE en Lima, se dirigió a la Plaza de Toros, tomó su boleto de tendido y se instaló lo mejor que pudo. Comenzó la corrida y GARCÍA no se daba por enterado de quién era BELMONTE ni de lo que hacía BELMONTE, hasta que tuvo la ocurrencia de preguntar a un vecino:

—¿Quiere usted decirme cuál es BELMONTE?

El interrogado lo tomó a tomadura de pelo, y trabajo le costó al doctor GARCÍA convencer al aficionado de la sinceridad de su pregunta y de la inofensividad de ella.

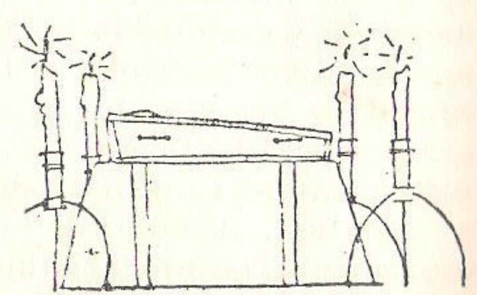
LOS «VELORIOS»

Tiende a desaparecer una costumbre universitaria que, como todas las prácticas humanas, tenía de bueno y de malo; más de malo que de bueno, seguramente: Quiero referirme a los "velorios", en la Universidad, de los maestros y decanos fallecidos. Tenían de bueno: el postrer homenaje tributado a los merecimientos del muerto; tenían de malo: que muchos detalles de estos "velorios" representaban verdadera profanación del cadáver que se "velaba". Algunas de estas consideraciones debieron pesar en el ánimo del doctor Ernesto Odriozola al expresar sus deseos de escapar a éste y otros homenajes tardíos.

Las anécdotas que voy a referir representan sólo dos mataperradas; pero, aparte de estas mataperradas inofensivas, el referir anécdotas capaces de quitar el sueño, entre mal contenidas expresiones de hilaridad, y el

referir con poca piedad pasajes de la vida del muerto que se "velaba", representaban verdaderos encantos de estas largas noches transcurridas por los alumnos en la capilla mortuoria levantada en una severa sala de la Universidad.

La primera mataperrada que voy a referir estuvo a cargo del actual Decano de la Facultad de Medicina, doctor Guillermo GASTAÑETA, y del hoy doctor RUIZ HUIDOBRO, que ejerció muchos años la profesión médica en Trujillo, donde hizo una hermosa colección de cerámicos peruanos, que yo aproveché en mi tesis del doctorado en Medicina y que hoy forman parte de las ricas colecciones del Museo Arqueológico "Víctor Larco Herrera".



Los turnos del "velorio" eran de dos horas, y a GASTAÑETA y a HUIDOBRO les tocó "velar" de 2 a 4 de la mañana al Decano de la Facultad de Ciencias y catedrático de la Facultad de Medicina doctor José María ROMERO, padre del doctor Francisco ROMERO ELGUERA. Como quiera que el sueño comenzara a vencer a los dos jóvenes "veladores", el doctor GASTAÑETA le propuso

a su compañero subdividir el turno en dos mitades de una hora cada una, para que "velase" GASTAÑETA en tanto que dormía HUIDOBRO, y "velase" éste en tanto dormía su compañero. Aceptado el convenio, HUIDOBRO comenzó a dormir beatíficamente, y aun amenizaba su sueño con uno que otro ronquido, cuando a GASTAÑETA se le ocurrió amarrarle los pies a su compañero, que no sintió nada absolutamente, y despertarle después, a la voz de —¡Temblor!—. HUIDOBRO intentó levantarse y cayó redondo por tierra. Parece inútil decir que ya no pensaron en dormir y que la "velada" transcurrió en plena vigilia.

La segunda mataperrada tuvo lugar con ocasión del "velorio" del doctor HEREDIA, catedrático de la Facultad de Letras. El número de "veladores" era considerable y a las 2 de la mañana el apetito de los muchachos dejaba oír su voz amenazadora. No había que pensar en adquirir provisiones, porque una colecta hecha entre los asistentes arrojó la desoladora cifra de un par de soles, suma que no permitía adquirir pero ni siquiera butifarras para todos los concurrentes. Fué en tal momento que un «labartino», como se llamaba a los alumnos del "Colegio de Lima" que dirigía el inolvidable maestro don Pedro Adolfo LABARTHE, dió la noticia de existir un carnero en este colegio, cariñosamente cuidado por los niños del doctor LABARTHE. Nombrada una

comisión, ésta se excedió en su cometido, pues que, aparte el carnero, fué portadora de un par de gallinas. El universitario que condujo el carnero es, en la actualidad, un respetable funcionario del Concejo Provincial de Lima, de cuya seriedad nadie podría sospechar las habilidades que demostró en aquella empresa.

El carnero y las aves fueron victimadas en el patio de la Facultad de Jurisprudencia. En el Laboratorio de Química se organizó la obra de aquel "caldo de carnero", utilizando para adquirir los condimentos el producto de la erogación que se había hecho entre los concurrentes al "velorio". A las 4 de la mañana se servía el apetitoso manjar, utilizando como vajilla las retortas y otras vasijas del Laboratorio de Química, uno de cuyos ayudantes, Ricardo MOLOCHE, a quien sus camaradas llamaban «Molochito» entonces, se contaba en el número de los presentes. A cena terminada, se procuró hacer desaparecer las huellas. Los autores no pensaron en la sangre de las víctimas, que había quedado cerca de la pila del patio de Jurisprudencia, y fué ésta la que les delató.

Pero el Rector de la Universidad, aquel gran Rector que fué Luis Felipe VILLARÁN, dió a los hechos el significado que tenían: el de una mataperrada, que no valía la pena de castigar. Y así lo manifestó al Dr. LABARTHE, que llegó a la misma conclusión.

LA SEÑORA CORTALEZZI

Esta anécdota la he oído referir al doctor Carlos Alberto GARCÍA en el Hospital Militar de San Bartolomé. No puedo decir si se trata de una original, pero debo insertarla en este "Anecdotario".

Al consultorio de un especialista en enfermedades de las vías urinarias, un día se presenta un caballero:

—Hace días, doctor—le dice—, que al orinar experimento ardores muy vivos y me fluye un líquido amarillento......

El especialista examina al enfermo y constata la presencia, en el orificio exterior de la uretra, de unas gotas de pus.

Como en esa época el Laboratorio no era tan solícito colaborador como lo es al presente, el especialista hizo un rápido diagnóstico:

—Esto es—le dijo al caballero—una purgación.

—Imposible, doctor—repuso el enfermo, con acento de la mayor convicción. Y luego agregó, en tono confidencial:—. Ustedes los médicos son como los confesores: Debo manifestarle que su diagnóstico es imposible porque sólo frecuento a una señora casada, persona muy respetable...... Para decírselo todo: es la señora CORTALEZZI.

—Lo lamento mucho—dijo el especialista—, pero, a pesar de todo, esto es blenorragia.— Y dispuso el tratamiento.

Al día siguiente, llega al mismo consultorio un otro caballero, víctima de la misma afección. Y la historia se repite. En este caso el diagnóstico también es imposible: el sujeto sólo mantiene amorosas relaciones con una señora casada y respetable......, la señora CORTALEZZI.

Al día siguiente, un tercer enfermo, y también una tercera víctima de la señora CORTALEZZI. El especialista comenzaba a sentir la obsesión de la respetabilidad de esta señora, cuando recibe un cuarto enfermo, tambien portador de una incómoda gonococia. Pero en este cuarto caso la cosa es más grave todavía.

—Doctor—le dice el enfermo—, eso es imposible; yo sólo mantengo relaciones con mi esposa legítima.

—Sería usted, por casualidad, el señor CORTALEZZI.

—Servidor de usted, doctor.